

## Trabajo Fin de Grado

### **EUROPA ENTRE EL FASCISMO Y LA DICTADURA TRADICIONAL:**

#### *Análisis comparativo de las soluciones autoritarias a la crisis de entreguerras*

Autor/es

Guillermo Gracia Herranz

Director/es

Ángela Cenarro Lagunas

Facultad de Filosofía y Letras / Grado en Historia  
2019

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
1. LA RUPTURA DEL ORDEN LIBERAL: EL FIN DE LA <i>ERA DE LOS IMPERIOS</i> Y EL COMIENZO DE LA <i>ERA DE LOS EXTREMOS</i> .....	7
1.1. Conceptualización del período.....	7
1.2. Guerra y revolución .....	10
2. LA PRIMERA OLEADA CONTRARREVOLUCIONARIA (1918-1922): EL BINOMIO «REVOLUCIÓN-CONTRARREVOLUCIÓN» EN LA ESPIRAL DE VIOLENCIA DE POSGUERRA .....	14
2.1. Excombatientes, paramilitares y terror blanco.....	14
2.2. Un recorrido por la Europa de posguerra.....	16
3. FASCISMO Y AUTORITARISMO EN LOS AÑOS VEINTE (1922-1930): DICTADURA MODERNA FRENTE A DICTADURA TRADICIONAL .....	24
3.1. Hacia el abandono de la democracia.....	24
3.2. La Europa de las dictaduras tradicionales.....	27
3.3. La Italia fascista, dictadura de «nuevo tipo» .....	31
4. FASCISMO Y AUTORITARISMO EN LOS AÑOS TREINTA (1930-1939): LA MADURACIÓN DE LA ALTERNATIVA TOTALITARIA TRAS LA GRAN DEPRESIÓN .....	34
4.1. El derrumbe de la democracia tras la crisis del capitalismo .....	34
4.2. El Estado fascista, una alternativa para Europa .....	38
5. CONCLUSIONES .....	44
6. BIBLIOGRAFÍA.....	47

## INTRODUCCIÓN

El objetivo principal de este Trabajo de Fin de Grado es la indagación sobre las causas históricas del desmoronamiento de las democracias durante el periodo de entreguerras europeo (1918-1939) y su sustitución por variadas formas de gobierno autoritario. Es decir, trataremos de dilucidar por qué la «solución autoritaria» se produjo y por qué implicó en algunos casos la colaboración de las élites tradicionales con el fascismo, mientras en otros casos, estas optaron por su persecución y represión. Cuando hablamos de «solución» autoritaria a la crisis de entreguerras, nos referimos a su propósito «estabilizador», es decir, a la capacidad que podía presentar el autoritarismo para lidiar con el desorden social, político y económico del periodo precedente, logrando una recuperación de la hegemonía por parte de las élites tradicionales y constituyendo un gobierno «estable».

Cuando se aborda el tema de las dictaduras europeas de entreguerras, suele ser frecuente encontrarse en algunos medios de divulgación histórica —e incluso en algunos académicos—, con argumentos cargados de tópicos, inexactitudes e ideas confusas, especialmente cuando hablamos de las dictaduras fascistas. Son habituales las explicaciones —por parte de sectores generalmente conservadores— que casi «disculpan» al fascismo al identificarlo como una simple «respuesta defensiva» al ataque del «bolchevismo totalitario» a través de sus propios instrumentos de organización social; las marxistas-leninistas que lo consideran sencillamente como el instrumento político más extremo del gran capital para defender sus intereses; o las liberales que limitan la explicación del resultado fascista a la personalidad de políticos e ideólogos dementes que lograron «descarrilar» el continente de sus tendencias democráticas naturales. En cambio, en este trabajo he pretendido alejarme de las explicaciones más simplistas y condescendientes, tratando de explicar el fenómeno en su complejidad, y de la forma más rigurosa y contrastada que me ha sido posible.

También he querido desmarcarme de los enfoques más estrictamente descriptivos —aunque no por ello poco rigurosos—, encomendados a buscar los «rasgos» esenciales de los movimientos fascistas y sus «denominadores comunes» para diferenciarlos entre sí y establecer una definición restringida de la categoría «fascista». Por supuesto, no he querido olvidar la importancia de diferenciar entre los diferentes tipos de gobierno autoritario, pero sin querer encerrarlos en categorías teóricas demasiado rígidas, y sin caer en la elaboración de una monografía inerte sobre la simple clasificación de tipologías. Más allá de esos debates más «culturalistas», he pretendido explicar la estabilización autoritaria atendiendo especialmente a su relación tanto con la estructura de clases como con el desarrollo político de aquellas sociedades en las que se produjo, siempre utilizando el marco comparativo como perspectiva de análisis.

En cuanto a la metodología y el estado de la cuestión, en primer lugar, me he acercado al debate teórico que ha tenido lugar en el seno de las ciencias sociales, gran

parte del cual ha sido recogido y trasladado al mundo hispanohablante por Julián Casanova, a través de varias obras y artículos<sup>1</sup>. Casanova señala que existen dos principales líneas interpretativas que rastrean la causalidad de la estabilización autoritaria en el periodo de entreguerras europeo. La primera, con autores como B. Moore, H. U. Wehler o J. Kocka, atribuiría la deriva autoritaria al atraso de la industrialización y la unificación nacional, lo que habría conducido a una estructura socioeconómica concreta que obstaculizaría la modernización a través de la vía democrática<sup>2</sup>. La ausencia de una ruptura revolucionaria con el antiguo régimen al estilo anglofrancés, habría permitido el dominio de un bloque político reaccionario compuesto por la élite terrateniente, el Estado y una burguesía dependiente de los otros dos socios, que dificultaría la consolidación de la democracia<sup>3</sup>. Es una importante interpretación, elaborada a través de la historia social, la sociología histórica y la ciencia política, pero en su excesiva mirada hacia los «legados» y las tradiciones preindustriales, descuida la atención a la dinámica interna de la crisis inmediata que dio lugar al fenómeno.

Asimismo, desde este punto de vista estructuralista y comparativo, ha sido especialmente importante para mi trabajo la obra de Gregory Luebbert, publicada en 1986, y que recoge el legado de las aportaciones precedentes de Barrington Moore y Juan Linz<sup>4</sup>, aunque presenta serias diferencias en sus conclusiones. Su tesis explica, a través de las alianzas políticas de anteguerra entre las clases sociales, las estabilizaciones autoritarias que se produjeron durante los años veinte y treinta en las sociedades *iliberales*, es decir, en las sociedades donde los liberales no consiguieron la hegemonía política antes de 1914 debido a las divisiones internas de carácter preindustrial que afectaban a la burguesía. Su obra resiste el análisis comparativo e incorpora a la clase obrera como sujeto activo —algo descuidado por Barrington Moore—, pero tiende a presuponer que las alianzas de clase siempre dominan las alianzas políticas, algo que constituye una cierta simplificación. Las relaciones de clase y los modelos de alianzas entre los Estados y las clases que existían en los siglos XIX y

---

<sup>1</sup> Este estado de la cuestión lo ha expuesto, por ejemplo, en la introducción de *El pasado oculto: fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Siglo XXI, Madrid, 1992. También lo ha tratado en artículos como «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, Vol. X-XI (1992-93), pp. 101-124. En cuanto a la exposición de este debate, también es importante la revisión que hace de él Ian Kershaw en «El Estado nazi: ¿un estado excepcional?» *Zona abierta*, n.º 53 (1989): 119-48, pp. 119-130

<sup>2</sup> Casanova, Julián, y Cenarro, Ángela, *El pasado oculto: fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Siglo XXI, Madrid, 1992, p. 6. Barrington Moore (1913-2005) fue todo un referente en el campo de la sociología histórica, y en el tema de los orígenes de la dictadura y la democracia, concretamente. Por su parte, H. U. Wehler (1913-2014) y J. Kocka (1941) son historiadores alemanes pertenecientes a la Escuela de Bielefeld, caracterizados por la combinación de la historia social con la sociología y la politología.

<sup>3</sup> Moore, Barrington. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península, 2000, p. 350.

<sup>4</sup> Luebbert, Gregory M. *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia: clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*. Zaragoza, Prensas universitarias de Zaragoza, 1997. Gregory Luebbert (1956-1988) se aproximó al objeto de estudio desde la ciencia política y la sociología, igual que Juan Linz (1926-2013)

XX son causas necesarias, aunque no suficientes para explicar la destrucción de la democracia<sup>5</sup>.

La segunda línea interpretativa cubriría esos «espacios vacíos», con los aportes de autores como David Blackbourn, Geoff Eley o Göron Therborn<sup>6</sup>, que ponen el énfasis en las circunstancias inmediatas a la crisis y en los nuevos actores políticos del siglo XX, como la clase obrera<sup>7</sup>. Estos autores se centran más en el impacto de la Gran Guerra, en el crecimiento de la movilización y la capacidad organizativa del obrerismo, en la pérdida de legitimidad de los Estados, y en los factores que condujeron a la crisis fundamental de la unidad y credibilidad de las clases dominantes. Señalan el ascenso político y sindical de la clase obrera organizada tras la guerra, alcanzando presencia en parcelas de gobierno local y en la escena política central, algo que habría asustado a las élites tradicionales. En el seno de esta línea se encontrarían las teorías que indican que cuando los métodos parlamentarios de contención parecían haber agotado su potencial y las clases dominantes no eran capaces de organizar con éxito la defensa de sus intereses y su unidad política, dichas clases buscaron alternativas autoritarias para resolver la crisis.

Ambas líneas, indica Casanova, son compatibles y necesarias para explicar la naturaleza, los orígenes y la consolidación del resultado autoritario<sup>8</sup>. Sin embargo, aunque estas líneas de investigación me han ofrecido el marco teórico a través del cual interpretar el periodo, he necesitado de otras obras más «empíricas» y narrativas para poder comprender el periodo. En consecuencia, además de la sociología histórica y la politología de autores como Gregory Luebbert, Barrington Moore, Michael Mann o Robert O. Paxton, he necesitado del punto de vista narrativo ofrecido por la historiografía de importantes contemporaneístas como Eric Hobsbawm, Ian Kershaw, Mark Mazower, Martin Kitchen, Robert Gerwarth, Enzo Traverso, Ángel Alcalde, o el propio Julián Casanova. Por tanto, no solo me he centrado en los aportes de la historiografía al estado de la cuestión, sino que he intentado atender a la discusión que ha tenido lugar, de forma amplia, en el seno de las ciencias sociales, pues considero que la interdisciplinariedad es imprescindible para obtener un enfoque adecuado.

---

<sup>5</sup> Casanova, Julián. «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, Vol. X-XI (1992-93), pp. 101-124, pp. 102-116.

<sup>6</sup> El sociólogo marxista sueco Goron Therbone (1941) y los historiadores marxistas británicos Geoff Eley (1949) y David Blackborun (1949) retomaron este objeto de estudio en los años ochenta, década en la que tuvo lugar principalmente el debate en el seno de la historiografía, sociología y politología, sobre los orígenes de la dictadura y la democracia.

<sup>7</sup> Casanova, Julián; y Cenarro, Ángela; Cifuentes, Julita; Maluenda, M<sup>a</sup> Pilar; y Salomón, M<sup>a</sup> Pilar. *El pasado oculto: fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Siglo XXI, Madrid, 1992, p. 7. También en Casanova, Julián. «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, Vol. X-XI (1992-93), pp. 101-124, pp. 117-121.

<sup>8</sup> Casanova, Julián, y Cenarro, Ángela; Cifuentes, Julita; Maluenda, M<sup>a</sup> Pilar; y Salomón, M<sup>a</sup> Pilar, *op. cit.*, p. 8.

Asimismo, el objeto de estudio de mi trabajo sería la sociedad europea en su conjunto, compuesta por casi una treintena de países, a través de los veintiún años que separan las dos guerras mundiales, por lo que las circunstancias espacio-temporales que se han pretendido analizar son relativamente amplias. Esto, unido a la extensión limitada que exige la normativa de los Trabajos de Fin de Grado, condiciona en gran medida la forma de abordar el tema y la metodología escogida. En este sentido, he considerado esencial el punto de vista estructural para la extracción de ideas generales y la obtención de respuestas a las preguntas que planteamos, por lo que hay cierta predominancia de este enfoque por encima de la historia más narrativa de fechas, acontecimientos y grandes nombres. No obstante, me he preocupado de que el punto de vista estructural no descompense el trabajo, tratando de no olvidar la narración y de mantener siempre vivos a los sujetos históricos. Finalmente, este enfoque ha quedado expresado en una estructura compuesta por un primer capítulo dedicado a la conceptualización del periodo y a la explicación de los antecedentes, seguido de tres capítulos centrales que dividen el periodo cronológicamente en tres etapas: la inmediata posguerra (1918-1922), los años veinte (1922-1930) y los años treinta (1930-1939).

# 1. LA RUPTURA DEL ORDEN LIBERAL: EL FIN DE LA ERA DE LOS IMPERIOS Y EL COMIENZO DE LA ERA DE LOS EXTREMOS

«La guerra civil es *bellum* con una *justa causa* de ambos lados,  
pero también con *in-justus hostis* de ambos lados»<sup>9</sup>  
Carl Schmitt, *Glossarium* (1947)

## 1.1. Conceptualización del período

La mayoría de los historiadores del siglo XX han coincidido en señalar al año 1914 como el responsable del nacimiento de una nueva época enormemente diferenciada de la anterior. Uno de los principales especialistas en este siglo, el historiador británico Eric Hobsbawm, habló de un evidente cambio de ciclo, representado en la transición de la *Era de los Imperios* (1875-1914) a la *Era de los Extremos* (1914-1945), que materializó un aún más rotundo cambio de época: El fin del *siglo XIX largo* (1815-1914) y el comienzo del *siglo XX corto* (1914-1989)<sup>10</sup>.

En esta *Era de los Extremos* —coyuntura que inauguró la nueva época— se inserta nuestro análisis. En concreto, nos centraremos en los años de «paz» —si es que podemos hablar de paz en este periodo—, en la veintena de años que recorren el periodo de entreguerras europeo. La Gran Guerra acabó con el mundo inaugurado en el Congreso de Viena de 1815, basado en el equilibrio entre potencias, la hegemonía europea, capitalista, liberal y burguesa, la estabilidad, el desarrollo económico e industrial, la prosperidad, la paz generalizada en el continente y la explotación colonial fuera de él. La Primera Guerra Mundial dio fin a las guerras europeas cortas, diplomáticas y «civilizadas», basadas en unas normas comúnmente aceptas entre los beligerantes. Los Estados rompieron con esas «reglas de juego» al verse inmersos en un nuevo tipo de conflicto cualitativamente diferente: la *guerra moderna*. Esta, prolongándose peligrosamente en el tiempo e impulsada por objetivos poco definidos, implicaba a todas las principales potencias mundiales, las cuales debían poner todos sus recursos tecnológicos, económicos y demográficos al servicio del conflicto. La magnitud de la guerra, desconocida hasta entonces, obligó a Europa a reorganizar sus estructuras económicas, políticas y sociales, rompiendo necesariamente con el orden liberal de Viena. Un nuevo mundo nació del anterior.

---

<sup>9</sup> Cita presente en Traverso, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Publicacions de la Universitat de València, 2009, p. 27. La categoría de *in-justus hostis*, en la cosmovisión imperialista, se extendía a los «salvajes» no europeos del mundo colonial, que constituían una humanidad «inferior». Esta categoría se diferenciaba de la de *iustus hostis*, dada antes de 1914 a los combatientes enemigos «civilizados» del continente europeo. Sin embargo, tras la Gran Guerra se produjo el traspaso de la categoría *in-justus hostis* al mundo europeo.

<sup>10</sup> Estos conceptos son explicados por Eric Hobsbawm en *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Crítica, 2011.

1914 abrió un periodo de *guerra total* que algunos historiadores han coincidido en denominar como *guerra civil europea* (1914-1945)<sup>11</sup>. Siguiendo el razonamiento que hace Enzo Traverso<sup>12</sup>, la *guerra total* se produce cuando el *ius publicum europeum*<sup>13</sup> se quiebra, transformando la guerra convencional y «legítima» entre Estados en una guerra de destrucción del otro, en la que la paz no puede ser pactada al existir profundas bases ideológicas que se insertan en una lógica de opuestos de imposible reconciliación. Traverso identifica dos antecedentes históricos de *guerra total* en Europa: la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y las Guerras Napoleónicas (1789-1815). La primera se encontró inmersa en una lógica antagónica de «luteranismo-catolicismo» y la segunda de «Antiguo Régimen-Revolución francesa». El ciclo —o coyuntura, en términos braudelianos— de la *Edad de los Extremos* (1914-1945) se inició cuando la guerra mundial hizo que se condensaran en el *tiempo corto* una serie de premisas que venían gestándose desde el siglo anterior, como el advenimiento de la sociedad de masas —y con ella, la irrupción de las masas en la política—, el capitalismo monopolista, la democratización, la nacionalización de las masas o la configuración de los ejércitos modernos. La Gran Guerra concluyó dejando el orden imperial transformado en un conflictivo sistema de Estados-nación, abriendo heridas en naciones sometidas y dando lugar a una Revolución bolchevique que se dirigía hacia todo el continente europeo, el cual se dividió en el binomio «revolución-contrarrevolución».

Desde que el 28 de junio de 1914 el imperio Austro-húngaro declaró la guerra a Serbia hasta el 14 de agosto de 1945 con la rendición incondicional de Japón, la historia contemporánea delimita treinta y un años de catástrofe mundial, y especialmente europea. En ese periodo de *guerra total* se entremezclaron guerras clásicas entre Estados, revoluciones obreras, guerras de liberación nacional y genocidios, manteniendo cierta cohesión entre sí al poseer connotaciones de *guerra civil*, es decir, de guerra que implica directa e inevitablemente a los civiles, que se incorporan a la misma como víctimas y verdugos. La ruptura del *bellum justum* produjo la quiebra del monopolio de la violencia por parte del Estado, desbordándose la misma hacia el mundo civil, que comenzó a tomar parte, configurándose la figura del paramilitar como paradigma de la época. La *guerra total* es civil y contra los civiles, resultando muertos, tanto por ejecuciones como por inanición y enfermedad, varias decenas de millones de ciudadanos no militares. El civil deja de ser un «daño colateral» para convertirse en un blanco, transfiriéndose la forma de guerra colonial a Europa y convirtiéndose en la constante para tratar al enemigo, buscando el exterminio y la humillación. Desde el

---

<sup>11</sup> Ernest Nolte popularizó este concepto en *La guerra civil europea, 1917-1945: nacionalismo y bolchevismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

<sup>12</sup> Traverso, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Publicacions de la Universitat de València, 2009. En «pasajes al acto», la primera parte de su trabajo, Traverso se dedica a examinar ese desbordamiento de la violencia al mundo civil que le da al periodo la connotación de *guerra civil*.

<sup>13</sup> Concepto utilizado por Carl Schmitt (Plettenberg, 1888) para hacer referencia al conjunto de normas codificadas y derechos internacionales que los estados europeos respetaban hasta 1914, a pesar de la existencia de conflictos diplomáticos o armados.



genocidio armenio por los Jóvenes Turcos hasta el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki por los Estados Unidos, existe una constante de destrucción y desarraigo del civil.

Sin embargo, aunque la cantidad y el tipo de violencia definen el periodo que tratamos de analizar, también lo hacen las profundas transformaciones políticas, económicas y sociales que el mundo vivió en estas tres décadas. La época hizo irrumpir a las masas en la política y vio florecer la democratización de los regímenes europeos tras el fin de la guerra. A pesar de ello, la invasión del espacio político por partidos y movimientos que representaban los intereses de clases sociales anteriormente poco movilizadas y débilmente politizadas, creó parlamentos demasiado fragmentados y obstructivos. Esto, unido a que la irrupción obrera fue vista como un verdadero peligro —especialmente en el ciclo de 1918-1922 y posteriormente, tras la Gran Depresión—, dirigió a las élites tradicionales a buscar alternativas autoritarias al gobierno político, ya que parecían más eficientes que los sistemas de competición democrática, donde los parlamentos excesivamente plurales impedían ejecutivos estables. Además, el parlamentarismo reservaba un espacio político para los partidos que pregonaban reformas socioeconómicas peligrosas para sus intereses de clase. Asimismo, donde fue necesario, esta situación lanzó a dichas élites a manos de novedosos movimientos emergentes que encarnaban una «revolución conservadora», desechando toda la «herencia de 1789»<sup>14</sup>, situando a la nación en el centro y quebrando definitivamente el parlamentarismo.

Así, los nuevos regímenes democráticos de posguerra fueron sucumbiendo progresivamente ante el autoritarismo, materializado en forma de dictadura de partido único, dictadura tradicional o proponiendo nuevos experimentos políticos corporativistas y antidemocráticos. La guerra y sus transformaciones crearon lo que el político checo Thomas Masaryk llamó «un laboratorio sobre un vasto cementerio»<sup>15</sup>, en el que se buscaban nuevas fórmulas políticas adaptadas a la insólita situación. De ese debate —indica Mark Mazower—, fraguado en entreguerras, surgieron tres «soluciones» modernas candidatas al nuevo orden mundial, que presentaban su utopía como el final de la Historia: Democracia, fascismo y comunismo<sup>16</sup>. El fascismo fue la única que nació y murió como alternativa política en la *Era de los Extremos*, fijando, de hecho, con su liquidación, el límite temporal de la misma: 1945.

No obstante, aunque el fascismo fue un fenómeno transversal que movilizó a buena parte de la sociedad europea, no triunfó en todos los países cuyos parlamentos sucumbieron. Ante la caída del liberalismo y de la democracia, la mayoría de los Estados de Europa central y oriental construyeron alternativas reaccionarias y autoritarias, aunque no fascistas, a los sistemas democráticos. Algunas de ellas incluso

---

<sup>14</sup> Herencia cultural y política de la Revolución Francesa, que partiendo del tronco común de la Ilustración, dio forma en el siglo XIX a numerosas familias ideológicas, desde el liberalismo hasta el socialismo.

<sup>15</sup> Mazower, Mark, *La Europa negra*. Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 9.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 11.

reprimieron con contundencia los movimientos fascistas, como veremos más adelante. ¿Por qué algunos países pudieron consolidar los sistemas democráticos y otros no? ¿Cuáles son los condicionantes para que en unos países triunfe la solución fascista mientras que en otros solo se establecieran dictaduras tradicionales o de «viejo cuño»? ¿Fue la solución autoritaria un mero «descarrilamiento» temporal de la tendencia democrática natural de Europa o fue un modelo que, en su momento, ofrecía una alternativa plausible, real y eficaz a la profunda crisis de entreguerras? Son algunas de las preguntas que trataremos de resolver.

## 1.2. Guerra y revolución

Desde la declaración de guerra que el Imperio Austro-húngaro lanzó contra Serbia el 28 de julio de 1914, se desencadenaron toda una serie de declaraciones entre potencias que pusieron a todo el continente europeo enfrentado entre sí, alineándose a través de un sistema de alianzas que llevaba años gestándose: las Potencias Centrales y la Triple Entente. La propia dinámica de la guerra colocó a la mayoría de los Estados en un bando o en otro. Alemania atacó a Francia, ocupando Bélgica y estableciéndose a la altura del río Marne, a pocos kilómetros de París. Desde ahí se estabilizaron las trincheras, creando una línea fronteriza que constituía el Frente occidental, sin modificaciones durante los siguientes tres años y medio. Al otro lado del continente, a las puertas del Imperio Romanov, se encontraba el Frente oriental, donde los ejércitos centrales avanzaban con el apoyo de movimientos nacionalistas locales opuestos al dominio imperial. Alemania quedaba así atrapada en una guerra en dos frentes.

El conflicto, que se esperaba breve y dinámico, entró en una fase de parálisis y peligroso equilibrio que puso en marcha una maquinaria de muerte sin precedentes, con la intención de desbloquear la situación. Millones de hombres se enfrentaron desde los parapetos de sus trincheras, donde convivían en condiciones de absoluta inmundicia, esperando el sonido del silbato que ordenase el avance hacia una muerte más que probable. De vez en cuando, «tempestades de acero»<sup>17</sup>, ataques químicos, y una incipiente guerra aérea intentaban poner fin a la parálisis. En cuanto al resultado, si se incluye a prisioneros de guerra, heridos y desfigurados (*gueules cassées*), solo un tercio de los soldados franceses salieron indemnes. Se estiman aproximadamente 10 millones de muertos, un número infinitamente superior a cualquier guerra anterior —aunque entre 3 y 5 veces inferior al resultado de la siguiente guerra mundial<sup>18</sup>— y que puede ilustrar el resultado de la llegada de la *guerra moderna*. Esta, exigía modificar el conjunto de la economía para producir la ingente cantidad de armamento necesaria, involucrando a todos los ciudadanos y movilizándolo a gran parte, transformando por completo, en definitiva, la vida de los países participantes. Gran Bretaña movilizó al

---

<sup>17</sup> Concepto que da título a la obra de Ernst Jünger publicada el 1920, en la que describe, a partir de sus propias experiencias, la vida en el frente occidental durante la contienda.

<sup>18</sup> Hobsbawm, Eric, *op. cit.*, p. 58 y p. 51.

12,5 % de su población masculina, Alemania al 15,4% y Francia casi al 17%, algo que solo es posible en sociedades industriales, ya que las agrícolas no pueden perder tanta mano de obra en momentos de recolección<sup>19</sup>. Por eso las guerras modernas masivas reforzaron el poder de las organizaciones obreras e incorporaron a la mujer al trabajo fuera del hogar. Además, la campaña exigía una gran revolución en ingeniería mecánica e industrial para poder responder al esfuerzo bélico de la forma más eficiente y organizada, por lo que aceleró el crecimiento tecnológico, obligando a realizar los desembolsos iniciales.

¿Cómo financiar semejante empresa? Al comienzo del conflicto los Estados no sabían que iba a durar tanto, por lo que la economía continuó como en tiempos de paz. Pronto se dieron cuenta de que no solo había que tener en cuenta los costos, sino también había que dirigir y planificar la economía para responder al esfuerzo bélico, por mecanismos distintos a los dictados por el liberalismo ortodoxo. Se pretendía una ruptura excepcional con el modelo económico liberal, pero sería muy complicado para muchos países recuperar el sistema en los años de entreguerras, sobre todo tras la Gran Depresión.

¿Por qué las potencias de ambos bandos consideraron la Gran Guerra como un conflicto de victoria o derrota *total*? Eric Hobsbawm responde que, a diferencia de otras guerras anteriores, esta perseguía objetivos «megalomaniacos» e ilimitados<sup>20</sup>. La rivalidad política internacional se establecía en función de la competitividad de la economía, pero el rasgo característico es que carecían de límites. Las «fronteras naturales» que buscaba el Reich estaban en el «confín del universo», y el límite dependía exclusivamente de la capacidad de avanzar e imponerse por la fuerza. Alemania crecía y buscaba su lugar correspondiente en el panorama internacional, cualquier compromiso significaba solo posponer el problema.

Tras la definitiva victoria aliada en 1918, las condiciones impuestas en Versalles arruinaron las escasas posibilidades de restablecer, al menos en cierto grado, una Europa estable, liberal y burguesa. Si no se reconocía el peso de Alemania en el panorama internacional, sería imposible recuperar la estabilidad<sup>21</sup>. Con Versalles y el resto de tratados de paz, se buscó, por un lado, reestructurar el mapa europeo para debilitar y controlar a Alemania, y por otro, crear un *cordon sanitaire* contra el bolchevismo, llenando los espacios vacíos que habían producido el derrumbe de los imperios en Europa central y oriental. Los aspirantes a esa herencia eran los movimientos nacionalistas anti-bolcheviques, que debían construir nuevos Estados-nación basados en principios étnico-lingüísticos. De esta forma nació Finlandia, Estonia, Letonia o Lituania. Polonia reapareció tras 120 años desaparecida, Rumanía duplicó su tamaño, y Austria quedó reducida a un apéndice alemán. Se crearon Estados

---

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 52.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, pp. 37-38.

<sup>21</sup> Este «error aliado» fue expuesto por el economista John Maynard Keynes en su libro *Las consecuencias económicas de la paz* (1919).

sin precedentes históricos como Checoslovaquia y Yugoslavia, basados en los principios de etnia común y en la necesidad de no crear Estados demasiado pequeños. Sin embargo, los nuevos Estados no eran menos multiétnicos que los imperios predecesores. Alemania, por su parte, aunque no sufrió un gran recorte territorial —principalmente Alsacia-Lorena y el «corredor polaco»—, fue sometida a la «cláusula de culpabilidad de la guerra», por la que se le prohibió poseer flota importante y fuerza aérea, se redujo su ejército de tierra a 100.000 hombres, se le privó de todas sus colonias de ultramar y se le impusieron «reparaciones», deudas y pagos que asfixiaron su economía. Esta cláusula alimentó el «revanchismo» alemán, uno de los fundamentos ideológicos que sustentaron a la ultraderecha de Weimar.

Otro de los grandes efectos de la guerra fue la Revolución de octubre de 1917, que marcó fundamentalmente la historia del siglo XX. En el Imperio ruso, el entusiasmo chauvinista del verano de 1914 se evaporó pronto. Un contexto de muerte masiva, escasez y desesperación se unió a la división de la clase dominante y de las fuerzas de coerción del Estado, formando el caldo de cultivo necesario para una situación revolucionaria. Ante esto, un partido político supo canalizar el descontento de las masas, cada vez más politizadas, hacia un objetivo claro, concreto y programado.

Rusia era una sociedad fundamentalmente campesina (80%) atrasada, tradicional y patriarcal. Con un analfabetismo que superaba el 60% y de tradición igualitarista, la «comuna» era el centro de su mundo, concibiendo el Estado como ajeno y malévolo, que recluta, reprime y cobra impuestos, pero no ofrece nada a cambio<sup>22</sup>. Eran pueblos relativamente autónomos con lotes de tierra colectivos, donde los terratenientes no controlaban directamente la producción. Solo desde fines del siglo XIX el país había experimentado cierto crecimiento industrial —en áreas muy concretas de la Rusia occidental, como los Urales, Ucrania y San Petersburgo—, impulsado por el Estado y dependiente del capital extranjero. Por tanto, no había ni mucha burguesía, ni mucho proletariado, ni muchas clases medias. La composición sociológica era la de una sociedad atrasada, y las protestas, motines e insurrecciones, de tipo preindustrial mayoritariamente. El Estado zarista, a través de un gran aparato policial, reprimía a una cantidad muy elevada de disidentes y «enemigos», como socialistas, populistas, nacionalistas, judíos o liberales. Esa maquinaria de autocracia recalcitrante, sostenida por un aparato militar-policial en represión permanente, una burocracia imperial anticuada, una aristocracia terrateniente y legitimada por la Iglesia ortodoxa, no pudo sobrevivir a las profundas transformaciones de la Gran Guerra. Existía un conflicto creciente entre la sociedad que caminaba hacia la modernidad y la autocracia fosilizada. El zarismo, en esta pugna, buscaba a toda costa evitar la reforma y la modernización, rechazando ensanchar la base política del régimen, necesaria para sobrevivir al siglo XX.

---

<sup>22</sup> Casanova, Julián. *Europa contra Europa: 1914-1945*. Barcelona: Crítica, 2014, pp. 32-33.

El 2 de agosto de 1914 Rusia entró en la guerra para defender a sus aliados eslavos. La dimensión de la guerra y sus imprevisibles consecuencias desgastaron de forma irreversible esa maquinaria. En 1917, la inflación se había multiplicado por cuatro a la de 1914, había carestía de productos básicos y ciudades desabastecidas. Una profunda crisis de autoridad se saldó con motines, huelgas y deserciones en el frente. La Revolución de febrero de 1917 barrió definitivamente a la autocracia, instaurándose un régimen parlamentario de mayoría liberal que emprendió la ansiada reforma para la modernización. Sin embargo, al no ser un país industrializado, su estructura de clases no era propia de la sociedad industrial: No había una amplia clase obrera ni una poderosa burguesía, tampoco clases medias influyentes, por tanto, no existía base social para una democracia liberal<sup>23</sup>. Mientras tanto, el Partido bolchevique ofrecía un programa basado en la salida de la guerra y en el acceso a la tierra para los campesinos, e iba aumentando su influencia en los soviets de obreros, campesinos y soldados que brotaron tras la Revolución de febrero, los cuales rivalizaban cada vez más con el gobierno. En octubre, ante la situación límite de incapacidad gubernamental y vacío de poder, el Partido bolchevique dio la orden de asaltar las débiles estructuras estatales, que no ofrecieron resistencia significativa. Según Hobsbawm, el gobierno provisional se disolvía «como una burbuja en el aire», por lo que no hizo falta conquistar el poder, solo ocuparlo<sup>24</sup>.

En cualquier caso, el resultado de la Revolución rusa fue la creación de la primera dictadura moderna del siglo XX. Nacía así un nuevo Estado que justificaba su existencia por la mera posibilidad de extender el proceso a Europa, pues Rusia, debido a su atraso socioeconómico, no poseía —según el marxismo clásico— la estructura de clases adecuada para la instauración del socialismo. Rusia era para Lenin la mecha que debía encender a Europa.

---

<sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 35.

<sup>24</sup> Hobsbawm, Eric, *op. cit.*, p. 70.

## **2. LA PRIMERA OLEADA CONTRARREVOLUCIONARIA (1918-1922): EL BINOMIO «REVOLUCIÓN-CONTRARREVOLUCIÓN» EN LA ESPIRAL DE VIOLENCIA DE POSGUERRA**

«La Gran Guerra concluyó formalmente con la firma del armisticio [...] Sin embargo, el caso es que todo lo que hemos experimentado y seguimos experimentando desde entonces es una continuación y transformación de la guerra mundial»<sup>25</sup>  
Piotr Struve (1919)

### **2.1. Excombatientes, paramilitares y terror blanco**

Sólo entre 1917 y 1920, Europa experimentó no menos de veintisiete traspasos violentos de poder político, muchos de ellos acompañados de guerras civiles, latentes o abiertas<sup>26</sup>. El historiador alemán Robert Gerwarth resalta una característica común que tuvieron las guerras civiles de posguerra que abrumaron a Europa central y oriental: en su mayoría fueron provocadas por acontecimientos simultáneos de revoluciones sociales y nacionales<sup>27</sup>. Las revoluciones que tuvieron lugar entre 1917 y 1923 podían ser bien de naturaleza sociopolítica para la redistribución de tierra, poder o riqueza, o bien de tipo nacional, inspiradas en la idea de la autodeterminación y delimitación de nuevos Estados nacionales tras el hundimiento imperial. El solapamiento frecuente y simultáneo de estas dos corrientes fue una de las peculiaridades del período. La Gran Guerra, un conflicto especialmente letal pero relativamente convencional entre Estados, dio paso a una serie interconectada de conflictos cuya lógica y propósitos eran mucho más peligrosos. Ya no se luchaba para obligar al enemigo a aceptar unas condiciones, pues los conflictos tendían a ser existenciales y absolutos, y se combatía para aniquilar al enemigo, ya fuera étnico o de clase. Las luchas de posguerra revirtieron la tendencia a domesticar los efectos bélicos mediante códigos de conducta comúnmente respetados. Ante la ausencia de Estados legítimos y consolidados en las antiguas tierras imperiales de Europa, las milicias asumieron solas el papel del ejército nacional mientras las líneas entre amigos y enemigos, entre combatientes y civiles, se tornaron aterradoramente ambiguas<sup>28</sup>. Se rompieron las convenciones militares y las regulaciones, siendo campañas de violencia extrema dirigida por civiles y contra civiles. Eran conflictos sin líneas de frente claramente demarcadas ni combatientes fácilmente identificables. Además, Gerwarth también resalta que, frente a la guerra moderna e impersonal de bombardeos e intensas descargas de artillería que había caracterizado a la Gran Guerra, gran parte de la violencia de posguerra se cometió en combates cara a cara con armas

---

<sup>25</sup> Gerwarth, Robert. «El papel de la violencia en la contra-revolución europea, 1917-1939». *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, n.º 52 (2017): 24-42, p. 24.

<sup>26</sup> *Ibidem*.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 28.

relativamente poco sofisticadas (pistolas, rifles y armas blancas)<sup>29</sup>. Se trata de un tipo de violencia «en caliente», cercana, omnipresente, directa y sin límites.

Una visión apocalíptica del bolchevismo inundó los medios de comunicación occidentales, visto como una inversión de todos los valores morales de Occidente, una epidemia que se extendía para infectar al resto del «viejo mundo». Esta visión impregnó el continente, provocando una movilización y una acción violenta generalizada contra la amenaza percibida. El «terror blanco» se alimentó de esa visión, desplegándose en Europa central y oriental por parte de grupos paramilitares de nacionalistas anti-bolcheviques, que trataban de delimitar sus nuevos Estados por un lado, y alejar el «virus rojo» por otro. Pero también en Europa occidental surgieron dichas milicias. Las instituciones represivas estatales, en colaboración con ellas, ofrecieron una violenta resistencia a los conatos revolucionarios. Estos ejércitos irregulares de voluntarios civiles armados contaron con la permisividad de las autoridades para ejercer un efectivo terror blanco en los momentos en los que las fuerzas coercitivas estatales estaban debilitadas por las circunstancias de la posguerra. El paramilitarismo, en este sentido, jugó un papel fundamental en la contrarrevolución europea. Estas organizaciones de derecha radical profundamente reaccionaria, como los *Fasci di combattimento* italianos, los *Freikorps* alemanes o la *Heimwehr* austríaca, fueron la antesala del fascismo, existiendo años después un gran trasvase de voluntarios desde estos cuerpos hacia los partidos fascistas y sus ramas paramilitares, conforme fueron apareciendo.

El historiador alemán George L. Mosse propuso la tesis de la «brutalización»<sup>30</sup>. La «brutalización» como efectos de la guerra sobre el sistema nervioso de millones de hombres expuestos al combate, redefiniendo su identidad y su actitud hacia la vida, indiferentes hacia la muerte propia y ajena. Según esta tesis, la experiencia de guerra de los soldados durante la Gran Guerra habría sido la causa de dichos niveles de violencia y, por ende, el origen del nacionalsocialismo y del genocidio. Sin embargo, para el historiador Ángel Alcalde, la relación entre excombatientes y fascismo en el periodo de entreguerras europeo no puede entenderse a partir de la tesis de «brutalización», que alberga un potencial más descriptivo que analítico<sup>31</sup>. Son necesarios otros factores. Para entender los vínculos entre experiencia de guerra, violencia política de posguerra, excombatientes, paramilitarismo y fascismo, propone examinar los «procesos DDR» (desmovilización, desarme, reintegración) como «microscopio» para explorar el período. Para él, los altos niveles de violencia política en lugares como Italia o Alemania en el periodo 1919-1923, se debieron, entre otros factores, a la inusitada disponibilidad de armas de fuego entre el mundo civil, causada por un fracaso en el proceso posbélico de «desarme». Claramente, el éxito del proceso de desarme dependía en gran medida de la legitimidad, estabilidad y solvencia del Estado que lo acometía,

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>30</sup> Tesis presente en: Mosse, George L. *Soldados caídos: la transformación de la memoria de las guerras mundiales*. Ciencias sociales. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016.

<sup>31</sup> Fernández, Ángel Alcalde. «La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico». *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, n.º 15 (2016): 17-42, pp. 36-37.

tanto como del carácter de los grupos armados que se pretendía desmovilizar. Por tanto, los depósitos de armamento de la guerra quedaron, en muchos lugares, a disposición de los grupos paramilitares. Ángel Alcalde indica lo siguiente:

Los «procesos DDR» —concepto proveniente de la politología— en los Estados derrotados tendieron al fracaso, tras el hundimiento de su autoridad y legitimidad, en medio de una brutal crisis política, económica y social. Los Estados cuya estabilidad era más amenazada, permitieron —e incluso fomentaron— la actuación paramilitar para garantizar el orden público y el sometimiento de las fuerzas desestabilizadoras, alimentando uno de los fenómenos clave de la *Era de los Extremos*: la transferencia de la violencia ilimitada al mundo civil.

## 2.2. Un recorrido por la Europa de posguerra

Mientras que los condicionantes objetivos y subjetivos (la acción humana) se combinaron en el Imperio ruso desencadenando un resultado revolucionario, estos no estaban disponibles en Occidente. ¿Por qué? Eric Hobsbawm identifica varios factores, pero especialmente, la firma de la paz. Este era uno de los principales puntos del programa bolchevique, que se materializó en el otoño de 1918, diluyendo gran parte de la carga revolucionaria<sup>32</sup>. Asimismo, el «cordón sanitario» de Wilson funcionó en su intento de frenar la revolución, pues el poder en Europa central y oriental se entregó a los movimientos nacionalistas anti-bolcheviques. Además, Hobsbawm identifica el «error fundamental» bolchevique en la división permanente del movimiento obrero internacional, entre socialistas y comunistas: la escisión de la Tercera Internacional y la estructuración del nuevo movimiento comunista internacional conforme al «partido-vanguardia» leninista, con una élite profesional dirigente. El partido que no se acogiera a los «21 puntos» del Comintern no sería aceptado, pues no se admitían elementos considerados oportunistas, reformistas o quintacolumnistas. Esa intransigencia, indica Hobsbawm, habría sido válida si la revolución mundial siguiera en marcha y con oportunidades reales, pero se decretó en julio de 1920, cuando esta ya no contaba con posibilidades<sup>33</sup>.

Por otro lado, Mark Mazower resalta el papel de la democratización. El surgimiento de constituciones más democráticas, con libertades y derechos ampliados, regímenes parlamentarios con control sobre los ejecutivos y sistemas electorales con sufragios universales y representación proporcional, posibilitó el acceso de las masas a la política institucional. Frente al elitismo de los sistemas bipartidistas de partidos de notables burgueses, se abrió un espacio político nuevo para los partidos de masas que representaban los intereses de clases anteriormente marginadas políticamente. Además,

---

<sup>32</sup> Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 74-75.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, pp. 76-77.



la ampliación de los derechos desde las libertades políticas y civiles a los sectores de la sanidad, la asistencia, la familia y la seguridad social hizo surgir la política social, en un intento de apartar a las masas del bolchevismo y orientarlas al parlamento. Se perseguía así la conciliación del viejo parlamentarismo con las presiones contemporáneas de la sociedad de masas<sup>34</sup>. El movimiento obrero organizado occidental —y especialmente el alemán, donde se depositaron las esperanzas del contagio bolchevique— era sustancialmente moderado, y solo la guerra lo hizo parcialmente revolucionario, por lo que se mostró favorable a aceptar las nuevas oportunidades parlamentarias que ofrecía la democratización<sup>35</sup>.

Julián Casanova, por su parte, subraya el factor agrario como uno de los puntos clave del fracaso. El campesinado había accedido ya a la tierra Europa, con alguna excepción, como en el valle del Po, la gran llanura húngara o Andalucía, donde había una masa de campesinos sin tierra que sí respondieron al llamamiento bolchevique en el campo. Quedaba neutralizada así otra de las principales proclamas bolcheviques que dieron el apoyo de las masas en Rusia. Los pequeños propietarios rurales europeos defendieron mayoritariamente posiciones conservadoras y ya estaban bastante alejados de la revolución y del socialismo antes de la Primera Guerra Mundial<sup>36</sup>. Se introdujeron reformas agrarias incluso en países conservadores y contrarrevolucionarios como Rumanía o Finlandia, para alejar el bolchevismo del campo. También Mazower lo resalta, indicando la parcelación de grandes fincas en Europa central y oriental para crear una clase de pequeños propietarios rurales. Este despojo de la clase terrateniente para salvar la sociedad burguesa de la amenaza bolchevique no fue posible en Hungría o Italia, donde esta clase contaba con más influencia política<sup>37</sup>. Fue en estos lugares, por tanto, donde el bolchevismo rural tuvo más repercusión, como en el Trienio Bolchevique (1918-1920) en España —y especialmente en el campo andaluz—, en el *Biennio Rosso* italiano (1919-1929) o en los desórdenes que desembocaron en la fundación de la República Soviética Húngara en 1919. Ante la falta de polos de atracción rural para el bolchevismo europeo, fue en las ciudades donde los obreros mostraron mayores actitudes pro-bolcheviques a través de huelgas, ocupaciones de fábricas y manifestaciones. No obstante, los revolucionarios no solo tenían que lidiar con el problema del profundo reformismo que dominaba a la mayoría del movimiento obrero organizado; también tenía que enfrentarse a una brutal violencia contrarrevolucionaria.

La revolución no se produjo en Europa, pero una oleada de insurrecciones obreras y campesinas barrió el continente, por lo que las esperanzas rojas no parecían irreales en el contexto de crisis y desgaste de la posguerra. Pasando ahora a recorrer de forma transversal el mapa europeo de la «revolución-contrarrevolución», empezaremos por el escenario italiano. A Italia se le negaron las anexiones prometidas en el Tratado

---

<sup>34</sup> Mazower, Mark, *op. cit.* p. 24.

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 18.

<sup>36</sup> Casanova, Julián. *Europa contra Europa: 1914-1945*. Barcelona: Crítica, 2014, p. 60.

<sup>37</sup> Mazower, Mark, *op. cit.*, p. 28.

de Londres, por lo que algunos sectores sociales acusaron a la Conferencia de Paz de ser un fraude y otorgar al país una «*victoria mutilada*», concepto que formó parte esencial del pensamiento de extrema derecha que empezaba a tomar forma en aquellos años. Por tanto, a pesar de ser uno de los países que ganaron la guerra, el descontento y el *revisionismo* de las conferencias de paz marcarían la cultura política del nacionalismo italiano de entreguerras.

Ya durante la guerra, la postura intervencionista había aglutinado a un extraño grupo de revolucionarios, socialistas disidentes y nacionalistas de extrema derecha, unidos por su antagonismo al liberalismo y al socialismo, y por la creencia de que Italia, relegada a un segundo plano internacional, debía reclamar su lugar en el mundo<sup>38</sup>. La crisis de posguerra, el fracaso de la desmovilización, el miedo al comunismo y el revisionismo respecto a los acuerdos de paz fue transformando ese conglomerado político en un movimiento cada vez más sólido. En marzo de 1919, Mussolini fundó su primer *Fasci italiani di combattimento*, organización nacional que asociaría a los grupos locales de paramilitares. Su programa inicial era muy radical, anticlerical y republicano, pero para obtener el apoyo de la burguesía temerosa, fue desplazando su discurso progresivamente hacia la derecha<sup>39</sup>. Por su parte, la pequeña burguesía de tenderos y pequeños empresarios acudían también a los *fasci* para reavivar sus decaídos beneficios y recuperar su posición, y una cantidad importante de oficiales y miembros de las tropas de choque de élite durante la guerra (*arditi*) se integraron rápidamente en los grupos paramilitares, vistiendo las camisetas negras que los habían identificado durante la guerra<sup>40</sup>. Los *arditi* fueron quienes le dieron al movimiento su tono militar, su recelo a los programas y plataformas, su radicalismo vacío, y su violencia<sup>41</sup>. Esta «aristocracia del coraje» —como los presentaba D'Annunzio—, que compartían un culto casi místico por la exaltación del coraje físico y el menosprecio por la vida, después de la guerra no depusieron las armas y mostraron grandes dificultades para reintegrarse en la vida civil. No obstante, nacía un movimiento que otorgaba a los desarraigados y confusos excombatientes la sensación de pertenencia a una élite, a las tropas de choque de una nueva Italia que emergía de las ruinas de la débil y liberal de anteguerra.

Las escuadras entraron en acción por primera vez en abril, cuando fue incendiado el edificio del periódico socialista *Avanti*. Eran capaces de atacar las sedes de los sindicatos y de los partidos de izquierda «como tomarían por asalto una trinchera austríaca», encarnándose como el anticipo del «hombre nuevo» fascista<sup>42</sup>, el fermento del nuevo *superhombre* nietzscheano. Los *fasci* más fuertes y mejor organizados surgieron en las provincias del norte y del centro, como las zonas rurales del valle del Po, la Emilia y la Toscana, estructurados en torno a un jefe o *ras* que ejercía un poder supremo en su área de influencia. En diciembre de 1919 había 32 *fasci*, con menos de

---

<sup>38</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, p. 63.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>40</sup> Kitchen, Martin. *El periodo de entreguerras en Europa*. Madrid: Alianza, 1992, p. 164.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 164.

<sup>42</sup> Traverso, Enzo, *op. cit.*, p. 157.

mil miembros. Un año después, eran 88 *fasci*, con veinte mil afiliados, y la cifra subió a 834, con un cuarto de millón de militantes, a fines de 1921<sup>43</sup>.

Durante el *Biennio Rosso* (1919-1920), una oleada de huelgas se desató por toda Italia, tanto en la industria como en la agricultura, formándose consejos obreros que ocupaban fábricas en el norte del país, en un estallido espontáneo y desorganizado. Ante esta situación, los empresarios industriales y agrarios se encontraban descontentos con el gobierno por su incapacidad contra los huelguistas, así como asustados por los concejos socialistas que emergieron de las elecciones de 1920. Pero Mussolini y sus *squadristi* parecían ofrecer una solución para la asustada burguesía italiana<sup>44</sup>.

Pasaremos ahora a valorar el caso alemán. En la República de Weimar, de 1918 a 1923 el país vivió un periodo de inestabilidad, hiperinflación, y violencia política, en la atmósfera de la humillación de Versalles. En 1918, las presiones para el fin de la guerra se vieron expresadas en el movimiento *Räte*<sup>45</sup>. Para evitar el hundimiento, el mando alemán se vio obligado a pedir un armisticio basado en los 14 puntos de Wilson, formando un nuevo gobierno con presencia de socialistas, liberales y católicos de centro, para negociar la derrota y los términos de paz. Los consejos de obreros y soldados proliferaban, se hicieron con el control de la mayoría de las ciudades, reclamando la paz a cualquier precio, la abdicación del Káiser y una profunda reforma del orden público y social, mientras el aparato militar y policial del régimen monárquico apenas ofrecía resistencia. El gobierno perdió el control de la situación, y el 9 de noviembre se anunció la abdicación de Guillermo II. El *Kaiserreich* se derrumbaba, al igual que el Imperio Austro-húngaro y el Imperio Otomano, siguiendo los pasos del hundimiento del Imperio Romanov. Se instauró así, en Weimar, una república constitucional y democrática con una gran ampliación de derechos y libertades, así como del sufragio, ahora universal pleno y con representación proporcional. El Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) y los amplios sectores obreros que representaba, se incorporaron a la nueva «comunidad nacional»<sup>46</sup>.

Sin embargo, los sectores más radicales del USPD<sup>47</sup> —agrupados en torno a la Liga Espartaquista— vieron esta Revolución de noviembre como un «febrero alemán», proclamándose a favor de la transmisión de todo el poder a los *räte*s para conformar una nueva república soviética alemana. No obstante, los espartaquistas eran pocos y débiles, ya que la mayoría del movimiento obrero alemán mostró posiciones moderadas. El Gobierno provisional —formado por miembros del SPD y del USPD— de Ebert, buscó a toda costa mantener la continuidad del Estado y evitar la deriva bolchevique que perseguía el Levantamiento Espartaquista de enero de 1919, inmediatamente después de

---

<sup>43</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, p. 69.

<sup>44</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, pp. 159-165.

<sup>45</sup> Los *räte*s fueron consejos de obreros y soldados, al estilo de los soviets rusos, que proliferaron por Alemania en otoño de 1918.

<sup>46</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, pp. 90-92.

<sup>47</sup> Partido Socialdemócrata Independiente Alemán, escisión del SPD a partir de la votación favorable a los créditos de guerra en 1914.

la creación del Partido Comunista Alemán (KPD). Ebert llegó a un acuerdo con Wilhelm Groener (jefe del Ejército) para acabar con la revolución de forma violenta, uniendo Estado, burocracia, fuerzas armadas y grupos de paramilitares<sup>48</sup>. Asimismo, llegó a un acuerdo con la patronal para reconocer el papel de los sindicatos en la negociación las disputas laborales, se concedió la jornada de ocho horas, el subsidio por desempleo y una serie de políticas sociales a los obreros a cambio de que renunciaran a la socialización. Por último, se convocaron elecciones a asamblea constituyente para el 19 de enero, mediante un sistema de representación proporcional, con voto de las mujeres —por primera vez—, y con una reducción de la edad de voto de los 25 a los 20 años<sup>49</sup>. Todo esto, unido a que los campesinos habían accedido mayoritariamente a la tierra en Alemania y la paz ya se había obtenido, frustró la iniciativa revolucionaria en el país.

El ministro de defensa Gustav Noske utilizó deliberadamente a grupos de trabajadores armados favorables al gobierno, soldados, burgueses, universitarios y unidades de los *Freikorps*, creados a partir de grupos de voluntarios dirigidos por oficiales excombatientes. A instancias primero del gobierno y luego por su propia iniciativa para combatir el bolchevismo, acabaron con la vida de multitud de militantes comunistas y de los principales líderes espartaquistas, como Rosa Luxemburgo o Karl Liebknecht<sup>50</sup>. El hecho de que el gobierno socialdemócrata se pusiera en manos de esos violentos grupos armados paramilitares —que posteriormente pasarían casi en bloque a las *Sturmabteilung* (SA) nazis— creó la fisura en la izquierda alemana que impidió años después la formación de un frente unido contra la creciente amenaza nacionalsocialista<sup>51</sup>. La fuerza del Estado, la burocracia y la violencia paramilitar resultaron más fuertes que los esfuerzos revolucionarios por alumbrar un mundo nuevo.

Las elecciones de enero, finalmente, conformaron un nuevo gobierno —la «coalición de Weimar»— entre socialistas, liberales demócratas y católicos de centro, que estableció las bases constitucionales de la nueva República democrática de Weimar. Sin embargo, las asustadas fuerzas contrarrevolucionarias temían a la democratización y al acceso obrero al poder político, por lo que no tardaron en actuar. En marzo de 1920 tuvo lugar el Golpe de Estado del político ultranacionalista Wolfgang Kapp (*Kapp-putsch*), que puso en jaque el país durante una semana, con ayuda de los *Freikorps* y con la financiación de grandes empresarios industriales. El gobierno fue apoyado por los sindicatos y el KPD, desatando una fuerte resistencia que acabó frustrando el *putsch*, pero el golpe fue el reflejo de que las élites dominantes imperiales consiguieron conservar importantes resortes de poder militar, judicial y burocrático, desde donde intentarían anular todas las concesiones que se vieron obligadas a hacer tras la quiebra

---

<sup>48</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, pp. 191-193.

<sup>49</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, pp. 93-94.

<sup>50</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, pp. 195-197.

<sup>51</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, p. 97.

del orden monárquico<sup>52</sup>. Esas poderosas fuerzas reaccionarias serán las que trece años después entregarán el poder a Hitler, acabando con la democracia.

Respecto a la nueva Polonia, el Ejército Rojo realizó un contraataque desde Ucrania contra las tropas polacas, iniciando una ofensiva hacia el Vístula que constituyó la guerra soviético-polaca (1919-1921), finalizando con la paz de Riga y el fin del avance militar soviético hacia el oeste. El Ejército soviético se vio rechazado a las puertas de Varsovia y los obreros polacos no se rebelaron lo suficiente como para conectar con las tropas rusas. Polonia volvía a nacer tras 120 años de ocupación y no se vio receptiva a perder nuevamente su soberanía<sup>53</sup>.

En cuanto a las regiones del Báltico, que habían pasado del Imperio ruso a Alemania en marzo de 1918 tras el Tratado de Brest-Litovsk, lograron su independencia con el armisticio del 11 de noviembre del mismo año. Los nacionalistas letones y estonios, que pretendían defender la recién conseguida independencia que les había brindado la victoria aliada, se enfrentaron a los bolcheviques locales y a la Rusia soviética que les apoyaba. La situación se complicó más con la intervención de anti-bolcheviques rusos «blancos» y soldados alemanes, ya que los Aliados habían permitido que permaneciesen provisionalmente en la región para evitar el avance bolchevique. También los *Freikorps* vagaban por la región en busca de tierra, gloria y aventuras. A pesar de que la violencia contra los civiles había sido frecuente durante los cuatro años precedentes, especialmente en el frente oriental, había seguido siendo excepcional, al menos dentro de un contexto general de guerra convencional entre soldados uniformados. En cambio, tras la guerra mundial, la guerra civil se desató. Fuera ya totalmente de convenciones y regulaciones, el blanco de civiles «sospechosos» escogidos por las tropas era cada vez más extenso. Sólo en la ciudad de Mitau (Jelgava) los *Freikorps* ejecutaron a unos 500 civiles letones acusados de ayudar a los bolcheviques, y a otros 325 en las ciudades de Tuckum (Tukums) y Dünamunde (Daugavgriva)<sup>54</sup>.

Las cosas no eran mucho mejores en el resto de Europa central y oriental perteneciente al recién hundido Imperio austro-húngaro. Nuevos ejércitos nacionales y formaciones paramilitares de diferentes convicciones ideológicas chocaron violentamente para extender fronteras o para encender o apagar la chispa revolucionaria. En Austria, la *Heimwehr* sería el equivalente austríaco a los *Freikorps* alemanes. Compuesta inicialmente por veteranos de guerra voluntarios, sus unidades fueron utilizadas para repeler levantamientos obreros y proteger las fronteras de las amenazas de presiones eslovenas y yugoslavas, así como de la efímera Hungría soviética. Progresivamente fueron adquiriendo un tono más nacionalista y anticomunista, contando con el respaldo de la jerarquía católica, importante para la *Heimwehr* dada la notable influencia de la Iglesia en los labradores austriacos, ya que

---

<sup>52</sup> *Ibíd.*, pp. 98-99.

<sup>53</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, p. 130.

<sup>54</sup> Gerwarth, Robert, *op. cit.*, p. 29.

había una gran cantidad de campesinos en sus filas. Además, el exilio en Austria de elementos golpistas alemanes tras el fracaso intento de Kapp reforzó la organización y el transporte de armas al país, mientras la recién establecida dictadura húngara de Horthy los aprovisionó de una generosa financiación hasta otoño de 1921. También la asociación nacional de empresarios les brindó un buen apoyo económico. Sin embargo, a pesar de sus conspiraciones para acabar con el nuevo régimen democrático, la nueva república austriaca pudo estabilizarse y sobrevivir todavía varios años, hasta 1934.

Pasaremos ahora a valorar la situación de la otra gran nación del antiguo Imperio Habsburgo: Hungría. Tras la disolución formal de su unión con Austria en octubre de 1918, el aristócrata progresista Károlyi tomó el cargo de primer ministro. Sus prioridades fueron la reforma agraria, ampliar el derecho a voto para democratizar el país y atajar el problema de las nacionalidades, ya que el 50% de la población de Hungría antes de la guerra no era húngara<sup>55</sup>. Sin embargo, no fue capaz de controlar la situación y acabó entregando el gobierno a una coalición de socialdemócratas y comunistas, naciendo así el 21 de marzo de 1919 la República Soviética Húngara, que duraría hasta el 4 de agosto. Sin embargo, el régimen se enemistó con el campesinado al nacionalizar las tierras en lugar de distribuir las. Además, el programa de nacionalización era amplio y cubría muchos aspectos de la vida económica, afectando a todas las empresas industriales de más de 25 trabajadores<sup>56</sup>. Aparte, una propuesta para deportar a Austria a los sacerdotes y miembros de órdenes religiosas enfureció a los fieles. Por su parte, la Rusia soviética, ocupada en su propia guerra civil, no pudo enviar la ayuda que había prometido, y Hungría quedó sola en su ofensiva contra Eslovaquia, que fue detenida en su avance con ayuda de los Aliados.

Las actividad contrarrevolucionaria ya se había incrementado durante la última etapa del régimen soviético, especialmente en Viena y en el sureste de Hungría, en las ciudades de Arad y Szeged, ocupadas por tropas francesas. En abril se formó el primer comité anti-bolchevique, formado mayoritariamente por representantes de la vieja oligarquía. István Bethlen, conde magiar de origen transilvano, creó el Comité de Viena, mientras que Miklós Horthy, antiguo almirante de la Armada austro-húngara, creó los de Hungría. Cuando las tropas rumanas se marcharon de Budapest en noviembre, Horthy entró en la capital ejecutando a numerosos obreros y simpatizantes comunistas, instituyendo la persecución antisemita y preparando el terreno para un largo terror blanco. Los Aliados reconocieron el nuevo gobierno de Károl Huszár, al que respaldaban las tropas del almirante. En enero de 1920 se celebraron elecciones aparentemente bajo sufragio universal y voto secreto, pero el terror blanco lo convirtió en una farsa. El Partido de los Minifundistas y la Unión Cristiana Nacional formaron una coalición de derecha para formar gobierno, y el nuevo régimen siguió siendo un reino, aunque sin rey. Horthy ocupó la figura de regente hasta 1944, pues la restauración de los Habsburgo era sostenida por la alta nobleza y los católicos tradicionalistas, pero

---

<sup>55</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, p. 139.

<sup>56</sup> *Ibidem*.

la alta burguesía y los protestantes se manifestaban en contra, alargando el problema de la búsqueda de rey hasta que dejó de ser urgente, al alcanzarse cierta estabilidad mediante la regencia<sup>57</sup>.

Desde entonces, y hasta 1944, el país estaría dominado por la derecha, y la izquierda sería excluida de la vida política durante el cuarto de siglo siguiente. Fue el nacimiento de la primera dictadura reaccionaria, contrarrevolucionaria y derechista del período de entreguerras europeo; el primer fracaso de la democratización wilsoniana de posguerra. Sin embargo, no se trataba de una dictadura fascista, sino de una dictadura tradicional o de «viejo cuño». En el capítulo 4 veremos cuáles eran las diferencias tipológicas entre estas dictaduras tradicionales y las dictaduras fascistas.

En conclusión, el resultado del periodo fue que la extensión de la revolución a Europa —objetivo que justificaba teóricamente a la RSFSR<sup>58</sup>— no se produjo, condenando al nuevo Estado soviético al aislamiento. Lo que sí produjo, o al menos favoreció, fue la instauración de un fuerte sentimiento contrarrevolucionario que cimentaría la cosmovisión de las élites tradicionales, así como el desarrollo de la «semilla» del fascismo, cuya ideología arraigaría en profundos sectores de las clases medias y medias-bajas. Desde entonces, la amenaza a la democracia procedería exclusivamente de la derecha y, durante los veinte años de entreguerras, ningún gobierno democrático-liberal europeo sería desalojado por la izquierda. El bolchevismo pudo desestabilizar, pero no completar la tarea revolucionaria. Los gobiernos, a su vez, ayudados por paramilitares, contaban con capacidad para destruir la revolución, pero no para construir una alternativa democrática estable. Por tanto, la situación de crisis y desorden, en muchos casos, se resolvería a través de la fórmula autoritaria.

---

<sup>57</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, p. 141-143.

<sup>58</sup> República Socialista Federativa Soviética Rusa. La confederación de repúblicas bajo la Unión Soviética no se produjo hasta 1922.

### 3. FASCISMO Y AUTORITARISMO EN LOS AÑOS VEINTE (1922-1930): DICTADURA MODERNA FRENTE A DICTADURA TRADICIONAL

«El liberalismo se halla ahora en trance de cerrar las puertas de su templo abandonado [...] El siglo presente es el siglo de la autoridad, un siglo de la derecha, un siglo fascista»<sup>59</sup>.

Benito Mussolini, *El Fascismo* (1932)

#### 3.1. Hacia el abandono de la democracia

Enzo Traverso, siguiendo el modelo de Karl Polanyi, identificó la existencia de una «paz de cien años», nacida en 1815 y concluida en 1914, que reposaba sobre cuatro pilares: el equilibrio entre las grandes potencias, el patrón oro, una economía liberal sostenida por la revolución industrial y fundada sobre el principio de autorregulación de las sociedades a través del mercado y, por último, el Estado de derecho con el reconocimiento de ciertas libertades constitucionales. Esta civilización europea se definía como antítesis al mundo colonial, un espacio extra-europeo concebido como abierto a la dominación y al expolio, donde la violencia podía utilizarse sin límites ni reglas contra razas consideradas inferiores<sup>60</sup>.

Con la Gran Guerra, ese mundo quedó radicalmente alterado. Las conferencias de paz respaldaron un resultado de claro desequilibrio internacional entre potencias y el patrón oro se hundió al no poder ser respaldada con oro la gran masa monetaria que circulaba por las inflacionarias economías de posguerra. La economía liberal del *laissez faire* y la autorregulación de los mercados debió trastocarse, pues era imprescindible la intervención de los Estados en la economía para poder responder a las necesidades de la guerra moderna. El Estado de derecho y el reconocimiento de libertades parecían sobrevivir —e incluso ampliarse— en los primeros años de la posguerra, pero progresivamente fueron sucumbiendo ante la aparición de los sistemas autoritarios. Por último, la violencia sin límites de las colonias irrumpió en el continente europeo, abriendo una gran crisis de valores y de civilización. El modelo liberal decimonónico ya no era útil para el siglo XX, una realidad que se hizo aún más clara tras el *Crash* del 29 y con la llegada de la Gran Depresión. Sin embargo, eso todavía no era tan evidente a comienzos de la década de los años veinte, cuando la difícil situación de posguerra se estabilizó temporalmente y los Estados europeos trataron de volver al mundo anterior.

La democratización de los «catorce puntos» de Wilson, con su respectiva ampliación del sufragio y de los derechos y libertades constitucionales parecía responder a las demandas de las masas para integrarse políticamente. La guerra y sus

---

<sup>59</sup> Benito Mussolini, *El Fascismo*, Ediciones Wotan, Barcelona, p. 19.

<sup>60</sup> Traverso, Enzo, *op. cit.*, pp. 39-40.



consecuencias también había extendido a la clase obrera y a las clases medias la convicción de que podían mejorar sus condiciones materiales de vida a través de la política. El resultado fue la creación de multitud de nuevos partidos de masas y el crecimiento de otros con anterior importancia marginal, que representaban los intereses de esos estratos sociales recientemente politizados. Los partidos políticos estaban ya muy organizados y dotados, a menudo, de sus propios servicios educativos, culturales, asistenciales e incluso paramilitares, y eran frecuentemente acusados de representar intereses partidarios, y no generales<sup>61</sup>.

Además, también proliferaban partidos en defensa de intereses nacionales, sobre todo en Europa central y oriental, donde el conglomerado de minorías étnicas y nacionales ofrecía un escenario de heterogeneidad. En muchos países, el resultado fueron cuerpos legislativos fragmentados, alud de diferencias clasistas, étnicas, religiosas y nacionales. Ante esto, era difícil establecer coaliciones estables y los divididos parlamentos entorpecían la acción eficaz del ejecutivo. Por ejemplo, dieciséis partidos tenían representación en el Reichstag de 1930, diecinueve en Checoslovaquia en 1929, e incluso en ocasiones hubo más en Estonia, Letonia o Polonia<sup>62</sup>. Esta falta de estabilidad no parecía ser tolerada por las élites en Estados ya inmersos en graves crisis económicas, sociales y de valores, temerosas de la pérdida de privilegios. Ante la inoperancia del parlamento, se tendía a prescindir de él y dar más importancia a otras instituciones.

Igualmente, esta multiplicidad de intereses en competencia democrática dificultaba en gran medida la formación de gobiernos, y en pocos países duraban más de un año. Por ejemplo, la duración media de cada gobierno era de ocho meses para Alemania y Austria, cinco para Italia y menos de cuatro para España después de 1931. Los gabinetes eran incapaces de impulsar reformas, lo que se convirtió en un verdadero problema, sobre todo tras la Gran Depresión. La inoperancia del legislativo se debía compensar con el fortalecimiento del ejecutivo, y muchos países revisaban sus constituciones con esta intención. Polonia reformó la suya en 1926, Lituania en 1935, Austria en 1929 y Estonia en 1933 y 1937. Incluso la moderna y democrática constitución española de 1931 establecía un ejecutivo fuerte. En la última etapa de la República de Weimar también se produjo este proceso, sobre todo entre marzo de 1930 y enero de 1933, desplazándose a través de decretos de emergencia cada vez más frecuentes hacia un sistema presidencialista. Entre 1925 y 1931, se promulgaron dieciséis decretos de emergencia frente a treinta y cinco leyes a través del parlamento. En 1932, la proporción se invirtió en cincuenta y nueve contra cinco<sup>63</sup>.

Al mismo tiempo, el descontrolado movimiento obrero, con huelgas, manifestaciones y agitación sindical constante, reclamaba negociar políticamente los salarios frente a la pretensión patronal de que fueran establecidos por el mercado. Para

---

<sup>61</sup> Mazower, Mark, *op. cit.*, p. 33.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, p. 32.

<sup>63</sup> Mazower, Mark, *op. cit.*, pp. 35-36.

reprimir de forma efectiva esa convulsión obrera que amenazaba la renta de la burguesía, era necesario limitar o prescindir de los derechos y libertades constitucionales. Ante la nueva situación, nuevas fórmulas políticas de corte autoritario fueron emergiendo de la posguerra, reivindicando una mejor adecuación a las circunstancias del nuevo «*corto siglo XX*». Desde la frontera soviética al oeste, en 1920, todos los Estados eran democráticos. Ese año existían treinta y cinco gobiernos constitucionales en Europa, pero en 1938 solo quedaban diecisiete, y en 1944, una docena<sup>64</sup>.

Existían vacilaciones e inseguridades acerca de la universalidad del modelo democrático entre políticos como Churchill o Chamberlain, que ponían en duda que el parlamentarismo fuera exportable a todas partes, alegrándose del fin de dicha forma de gobierno en países donde, según ellos, no estaban preparados. Se hablaba de la tradición absolutista de los «pueblos latinos», y de la compatibilidad intrínseca del parlamentarismo con la corrupción y el clientelismo en lugares como Rumanía, Serbia, Italia o España, que persistían en el atraso<sup>65</sup>. La democracia no conseguía prestar voz al conjunto de la nación, pues el sistema tenía raíces superficiales en la tradición política del continente y no se percibía como evidente que fuera la forma natural de gobierno en Europa. En Europa oriental, además, fue un «regalo de último minuto», sino una imposición, de los vencedores, más que el resultado de un proceso interno<sup>66</sup>. La apertura del sufragio y de los derechos era algo muy reciente y, en muchos países, parecía ofrecer más problemas que soluciones. Formados en la contienda, los ideólogos antiliberales y antidemocráticos fueron encontrando espacio para su mensaje de la violencia y la acción frente a la razón y la retórica. Frente al individualismo egoísta, oponían valores de abnegación, obediencia, disciplina y deber comunitario. Frente a la era de la discusión inerte y la inacción, se proponía la era de la imposición y del dinamismo político.

De esta forma, las coaliciones autoritarias comenzaron a formarse y a traducirse en resultados de relativa estabilidad política en gran parte de Europa. Pasando ahora a valorar los modelos dictatoriales que se establecieron, identificaremos en nuestro estudio dos claras y diferenciadas tipologías que presentaron profundas variaciones en su naturaleza: la dictadura tradicional y la dictadura fascista. Sin embargo, no pretendo limitar el marco explicativo a dos únicas e indivisibles categorías de análisis, pues existieron modelos intermedios con niveles variables de corporativismo y fascistización. Por ejemplo, Michael Mann destaca cuatro tipologías: Los regímenes semiautoritarios, los semirreaccionarios, los corporativistas y los fascistas<sup>67</sup>. La implantación de cada una de estas cuatro categorías dependía de la necesidad de responder a la distinta presión política de las masas en cada sociedad. El autoritarismo moderno surgió como un intento de absorber las presiones políticas de las masas, y el nivel de movilización de

---

<sup>64</sup> Hobsbawm, Eric, *op. cit.*, pp. 118-119.

<sup>65</sup> Mazower, Mark, *op. cit.*, p. 32.

<sup>66</sup> *Ibid.*, pp. 40-42.

<sup>67</sup> Mann, Michael. *Fascistas*. Valencia: Universitat de València, 2006, pp. 55-61.

masas determinará el nivel de corporativismo que necesite el régimen para lograr la estabilización. No obstante, aunque reconociendo que no se trata de categorías fijas y que existen modelos intermedios, en este trabajo, por cuestiones de extensión, optaremos por diferenciar los dos modelos esenciales. ¿Qué diferencia una dictadura tradicional de una fascista? ¿Por qué los países del oeste necesitaron adoptar dictaduras fascistas mientras los del este pudieron estabilizarse con simples dictaduras tradicionales?

### **3.2. La Europa de las dictaduras tradicionales**

Las sociedades *iliberales* del este fueron convertidas a la fuerza en democracias liberales tras la guerra y la caída de los imperios, pero poseían grandes tensiones lingüísticas, étnicas, nacionales y religiosas que dificultaban la hegemonía de los movimientos liberales. Ese «liberalismo sin liberales» las colocaba en un «limbo» político de difícil equilibrio, por lo que debían buscarse modelos estabilizadores alternativos. A diferencia del oeste, en Europa oriental el nivel de movilización del campesinado era mucho más bajo y los obreros urbanos estaban peor organizados, pues suponían la fracción más reducida de la sociedad. En estos países, más de la mitad de la mano de obra estaba empleada en la agricultura, mientras el porcentaje de obreros industriales era comparativamente pequeño. La industria dependía en gran medida del capital extranjero y las exportaciones se basaban en productos primarios, por lo que poseían las características socioeconómicas de Estados menos modernos e industrializados<sup>68</sup>. Fue en estos lugares donde se fueron instaurando progresivamente dictaduras tradicionales o «de viejo cuño».

La dictadura tradicional presentaba un «autoritarismo limitado», carente de ideología más allá del conservadurismo y el nacionalismo, que únicamente suspendía o modificaba gran parte de las garantías constitucionales. Según Mann, en estas dictaduras «semiautoritarias» se constituían Estados «duales» en los que tanto una legislatura elegida como un ejecutivo no elegido poseían poderes considerables, como el caso de la Hungría de Horthy. Sin embargo, en los regímenes que califica como «semirreaccionarios», necesitaban resistir un grado mayor de presión popular, por lo que se cercenó en mayor medida la legislatura y se aumentó el nivel de represión, como en la dictadura de Primo de Rivera en España o de Salazar en Portugal<sup>69</sup>. La mayoría de estos regímenes evolucionaron hacia sistemas más corporativistas en los años treinta, cuando la polarización social aumentó y con ella la necesidad de institucionalizar la incorporación de la sociedad al régimen. No obstante, en los años veinte esta necesidad todavía no se había acentuado y los regímenes tradicionales eran suficientes para conservar la estabilización autoritaria.

---

<sup>68</sup> Luebbert, Gregory M. *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia: clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza, 1997, pp. 448-450.

<sup>69</sup> Mann, Michael, *op. cit.*, pp. 56-58.

Transformaron los sistemas constitucionales en sistemas semi-constitucionales que mantenían instituciones representativas —aunque severamente limitadas— o prometían su restauración en un futuro. Eran regímenes contrarrevolucionarios, caracterizados por una carencia de innovación ideológica e institucional, y basados en la defensa de los intereses agrarios tradicionales y de una fracción de la burguesía urbana. Se trataba de un modelo típico de países atrasados, con reyes o militares al frente, una burguesía dependiente del Estado y del capital extranjero y una élite terrateniente en el campo, que trataba despóticamente al campesinado pobre y analfabeto<sup>70</sup>. La mayoría de los historiadores, por tanto, admiten que la estabilización autoritaria en este tipo de sociedades sí que estaría cerca de la coalición de clases de Estado, terratenientes y burguesía dependiente que propuso Barrington Moore. Cuando esta interpretación resulta más polémica es cuando se intenta identificar con el resultado fascista.

Un rasgo típico de estos sistemas conservadores es la actitud relativamente tolerante que adquirieron respecto al movimiento obrero, permitiendo la existencia de partidos socialistas y sindicatos «domesticados», con derechos restringidos de negociación. Esa subordinación de los sindicatos fue posible porque la clase obrera era pequeña y débil políticamente, por lo que no presentaba un peligro serio para el Estado y la patronal. En consecuencia, no había necesidad de aplastar a las organizaciones obreras y reemplazarlas con sindicatos y movimientos promovidos por el Estado, buscando erradicar la disidencia e introducir la movilización política en un marco no subversivo, sino subordinado al Estado totalitario, como haría el fascismo. Ante un proletariado de dimensiones reducidas y un bajo nivel de movilización política, una dictadura tradicional era suficiente para proteger los intereses de las élites<sup>71</sup>. Estas no necesitaron la ayuda de los impredecibles movimientos fascistas que proliferaban a nivel continental y que, más allá de la defensa de sus intereses materiales, tenían una peligrosa tendencia a subordinar la política a sus innovadoras ideologías de partido.

La Hungría del militar, conservador, nacionalista y ferviente anti-comunista Miklós Horthy fue el primer ejemplo de este tipo de dictadura. Horthy fue regente vitalicio desde el derrocamiento de Béla Kun en 1919 hasta fines de 1944, y se apoyó en las élites tradicionales para conservar el régimen. El Estado —compuesto en gran medida por funcionariado de origen aristocrático—, el clero, el ejército, los terratenientes y la burguesía industrial y financiera constituían la base social de apoyo a la dictadura, quedando los obreros y el campesinado excluidos políticamente de la coalición estabilizadora. El gobierno permitió la existencia de un moderado y limitado movimiento socialista, así como de un cercenado parlamentarismo, con cierto grado de libertad de prensa y libertades civiles, unido a un sufragio muy restringido. Las líneas ideológicas del régimen no iban más allá del nacionalismo, conservadurismo, anti-comunismo, antisemitismo y revisionismo respecto a la política exterior<sup>72</sup>. No poseía,

---

<sup>70</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, p. 142.

<sup>71</sup> Luebbert, Gregory M. *op. cit.*, pp. 450-465.

<sup>72</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, pp. 143-146.

por tanto, un cuerpo ideológico y doctrinario bien definido como el que proponía el Partido de la Cruz Flechada de Ferenc Szàlasi, de ideología fascista.

Pasando a Europa del este, cabe mencionar el caso polaco, donde siguiendo el ejemplo húngaro, en 1926 el mariscal Pilsudski dio un golpe de Estado, iniciando la dictadura militar y semi-parlamentaria que sobreviviría hasta la invasión alemana del país en 1939. La *sanacja* fue el movimiento político promovido por la coalición autoritaria que decidió suspender la inestable competición democrática para garantizar el orden, la regeneración de la administración estatal e impulsar una política económica eficaz contra la inflación<sup>73</sup>. También se abrazó el autoritarismo moderado como remedio a las crisis en las monarquías balcánicas del sureste, donde fueron los reyes quienes proclamaron las dictaduras. Es lo que hizo el rey Alejandro de Yugoslavia en 1928 o el terrateniente —autoproclamado rey— Ahmed Bey Zogu en Albania, el mismo año. En la década siguiente, tras la Depresión, también Bulgaria, Rumanía y Grecia materializarán el gobierno autoritario. Igualmente, los Estados bálticos se mostraron partidarios de esta alternativa, y en 1926 un golpe militar dio el poder a Antanas Smetona en Lituania. Ocho años después, Karlis Ulmanis establecerá poderes dictatoriales en Letonia y Konstantin Päts hará lo mismo en Estonia. En realidad, estos últimos tomarán el poder para evitar que lo hagan los fascistas radicales, que empezaban a adquirir una notable popularidad tras la Gran Depresión y la subida de Hitler al poder<sup>74</sup>.

A pesar de que la mayoría de estas dictaduras conservadoras tuvieron lugar, especialmente, en Europa central y oriental, también encontramos excepciones en el oeste, como en la Península ibérica. En septiembre de 1923, siguiendo la clásica fórmula decimonónica del pronunciamiento militar, el general Miguel Primo de Rivera acabó con el régimen constitucional español con el apoyo del rey y de las élites dominantes. Ante el descrédito de los partidos liberales oligárquicos y ante las dificultades del sistema político para transitar hacia una nueva legitimidad democrática, la fórmula autoritaria fue abrazada por las élites para mantener el orden social y evitar el avance de las fuerzas revolucionarias. Lo que diferenciaba al caso español de Europa central y oriental era que este no había participado en la guerra y sus estructuras básicas y fronteras no habían sufrido un cambio radical a causa de la derrota. Además, a diferencia de los pronunciamientos del XIX, el resultado fue la primera intervención corporativa del ejército en el gobierno, en su pretensión de construir un régimen militar<sup>75</sup>. Se trató de una transformación provisional del liberalismo en autoritarismo en tiempos de crisis, más que de un abandono masivo del liberalismo. Solamente se suspendieron o limitaron las instituciones liberales, mientras se toleró al movimiento obrero menos subversivo, y no se trató de reconstruir el movimiento obrero sobre otros parámetros, por lo que tenía todos los elementos de una dictadura tradicional.

---

<sup>73</sup> *Ibíd.*, pp. 135-136.

<sup>74</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, p. 144.

<sup>75</sup> *Ibíd.*, p. 147.

Aunque en un principio se legitimó como un «paréntesis» de emergencia en el que se suspendieron las garantías constitucionales para salvar el orden público y político, el régimen pretendió institucionalizarse a partir de 1925. Sin embargo, no lo consiguió, y a comienzos de 1930 la dictadura comenzó su desmoronamiento. Luebbert identificó su fracaso con la carencia de una ideología y un programa claro sobre cómo hacerlo, pues no era posible la estabilización a largo plazo con la simple suspensión del régimen liberal; este debía ser sustituido con otro tipo de institucionalización. Aunque desarrolló cierto corporativismo, el régimen no logró una institucionalización suficiente a través de la tímida reconstrucción de las organizaciones que mediaban entre el Estado y la sociedad civil. La razón respondía a que España, aunque era una de las sociedades menos modernizadas del oeste europeo, contaba con un nivel de desarrollo mayor que las de Europa oriental. Esta situación intermedia sería la que posibilitó el surgimiento de una dictadura provisional, pero impidió su estabilización a largo plazo. En los años veinte, las masas españolas estaban más politizadas y movilizadas, mientras el obrerismo contaba con mayor presencia que en el este —aunque no fuera comparable a la sociedad italiana o alemana—, por lo que era inconcebible que la dictadura tradicional pudiera sobrevivir mucho tiempo en una sociedad así<sup>76</sup>. Por este parcial retraso socioeconómico, la polarización social europea de los años veinte llegará a España en los años treinta, cuando la estabilización autoritaria requiera un componente fascista.

También Portugal sufrió un golpe de Estado en 1926 que le llevó a un gobierno autoritario de corte militar. Sin embargo, este sí consiguió una institucionalización corporativista en 1932, con la instauración del Estado Novo de António de Oliveira Salazar. La situación socioeconómica portuguesa era relativamente similar a la española, en comparación con el resto del oeste europeo. Por tanto, debido a la escasa modernización y a la inexistencia de un movimiento obrero fuertemente organizado, las élites pudieron solucionar la inestabilidad mediante un régimen militar tradicional durante seis años. Será en los años treinta cuando la polarización crezca y los vínculos institucionales entre Estado y sociedad civil necesiten ser reconstruidos bajo nuevas líneas ideológicas. No obstante, debido al retraso socioeconómico, Portugal no necesitó al fascismo, sino que se bastó con una institucionalización del régimen bajo las líneas ideológicas del corporativismo organicista propio del catolicismo político<sup>77</sup>.

Como hemos dicho, estas dictaduras emergieron mayoritariamente en sociedades con escasa tradición democrática y se levantaron sobre sistemas políticos muy nuevos, sujetos a conflictos internos étnicos y regionales y a disputas territoriales. Además, en términos generales, las dictaduras que emergieron en los años treinta, tras la crisis económica, serán más radicales y represivas que las implantadas en la década de los años veinte, estando además más presionadas por los movimientos fascistas de masas<sup>78</sup>.

---

<sup>76</sup> Luebbert, Gregory M, *op. cit.*, pp. 423-424.

<sup>77</sup> Mann, Michael, *op. cit.*, p. 59.

<sup>78</sup> Casanova, Julián, *op. cit.*, pp. 144-145.

### 3.3. La Italia fascista, dictadura de «nuevo tipo»

En 1921 se fundó el Partido Nacional Fascista y Mussolini firmó un compromiso de pacificación con el gobierno de Bonomi que no se cumplió, debido a las presiones de los extremistas dirigentes locales (*ras*) como Italo Balbo o Dino Grandi. Bonomi prohibió las bandas armadas, pero los *camisas negras* continuaban con su guerra civil, provocando el derrumbe del gobierno ante el descrédito. El PNF trazó el plan de insurrección en octubre de 1922 basado en la ocupación de edificios públicos, centrales telefónicas y estaciones de ferrocarril de las grandes ciudades. Después, desde distintos puntos del país debían marchar las columnas de *camisas negras* para convergir en Roma. No fue una acción revolucionaria, pues Mussolini contaba con la simpatía de la burguesía, los *agrari* y la mayor parte del ejército. El rey Víctor Manuel no quiso arriesgarse a dividir las fuerzas armadas y rechazó la ley marcial presentada por el presidente Luigi Facta para responder a la marcha<sup>79</sup>. Ese mismo mes, el rey invitó a Mussolini a formar gobierno. La primera llegada al poder del fascismo se produjo por una combinación de violencia paramilitar y maniobras políticas. Pese al mito, lo que contribuyó a la llegada al poder de Mussolini no fue la impresión creada por la melodramática y grotesca Marcha sobre Roma, sino el difundido miedo al socialismo en Italia, generado por los altercados del *Biennio Rosso* y por los resultados del nuevo sufragio universal masculino en las elecciones de 1919<sup>80</sup>. Se produjo así la «alianza estratégica» entre el movimiento fascista y las élites tradicionales para llegar al poder. Para ello, fue necesaria una derechización del programa fascista y una renuncia relativa a los ideales más revolucionarios, comenzando por la subordinación de las milicias paramilitares al Estado. Sin embargo, el primer Gabinete de Mussolini fue una coalición con otros tres partidos políticos, y estaba lejos todavía del régimen totalitario.

En 1923 Mussolini impuso la reforma electoral con la que aseguró a su gobierno el control de la Cámara de Diputados, pero fue tras la llegada de la «segunda ola» del fascismo italiano, entre 1925 y 1926, cuando los fascistas presionaron en el seno de su propio movimiento pidiendo una ruptura revolucionaria con el pasado. Fue entonces cuando se procedió a la destrucción del «corset parlamentario», apareciendo nuevas leyes de ampliación de los poderes y de vulneración de las libertades civiles y de prensa. En los cuatro años siguientes se tornó más nítido el perfil del Estado fascista, aunque conservó algunos rasgos residuales del pasado: El parlamento continuó sus inútiles debates (pues se prescindía de él en la práctica) y el jefe del Estado seguía siendo el rey (aunque sin sus poderes anteriores). Italia era ya un Estado de partido único, pero aún había poderosos intereses a los que se tenía que enfrentar Mussolini: la Corona, la Iglesia, el Ejército, las grandes finanzas, e incluso algunos sectores del PNF<sup>81</sup>.

---

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>80</sup> Mazower, Mark, *op. cit.*, p 29.

<sup>81</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, pp. 168-171.

Se abandonó así, definitivamente, el parlamentarismo y se comenzó la tarea de domesticar a los sindicalistas mediante la introducción de estos en un Estado corporativo más jerarquizado<sup>82</sup>. Se producía así el salto a un tipo de Estado cualitativamente diferente a cualquier otro y en progresiva tendencia hacia la radicalización: el Estado totalitario. Donde el fascismo difería más con el liberalismo era en su concepción «totalitaria» de la vida y del Estado. Mientras el individualismo liberal burgués tiende a crear una división entre la esfera pública y privada de la vida, el fascismo entendía la política como una experiencia vivida. No consentía la división de esferas, pues la política debía impregnar cada aspecto de la vida pública y privada. La consecuencia práctica de esta forma de entender la política es la movilización de masas, la incorporación activa de las masas comprometidas al proyecto político, institucionalizando su participación y subordinándola al Estado. En consecuencia, el Estado tendía a extenderse hacia todos los aspectos de la vida. En su «revolución conservadora», el fascismo trató de sostener los valores tradicionales contra la herencia cultural de 1789, pero utilizando las modernas técnicas de movilización de masas y una ideología que enfatizaba en la intuición y el sentimiento nacional frente a la razón y la retórica<sup>83</sup>. La «revolución» contra el mundo moderno se predicaba, paradójicamente, desde formas totalmente modernas de entender la política.

Así, en Italia se produjo al nacimiento de una tipología autoritaria nueva, la tipología fascista. Se invertía la corriente de poder tradicional al incorporar en el régimen un movimiento de masas jerarquizado de «abajo a arriba» y centrado en el paramilitarismo y el corporativismo, a la vez que aumentaba los poderes coercitivos de las clases altas<sup>84</sup>.

¿Por qué Italia no pudo estabilizar un régimen autoritario tradicional y experimentó una transición hacia el Estado totalitario de corte fascista? ¿Por qué las clases propietarias no pudieron contener la deriva de la «segunda ola»? La razón que da Luebbert es que Italia era una sociedad moderna e industrializada —sobre todo la mitad norte—, con una sociedad movilizada y politizada, y con un movimiento obrero fuerte y organizado. La sociedad de masas, y en especial la clase obrera —que según esta tesis, es la que quedaría fuera de la coalición de clases entre la burguesía urbana y el campesinado familiar, que daría origen al fascismo— no va a tolerar una simple suspensión de los derechos y garantías institucionales. Además, tampoco era posible dejar con vida a una debilitada y moderada parte del movimiento obrero, pues este era amplio y organizado, por lo que lejos de mostrarse susceptible a colaborar, mostraba una gran disidencia. En consecuencia, el movimiento obrero debía ser aplastado y destruido, pero debido a su magnitud, era necesario constituir nuevas instituciones corporativas que ocupasen su espacio, reconstruidas sobre una base de subordinación al Estado<sup>85</sup>. La situación no podía resolverse en las sociedades de masas, modernas y

---

<sup>82</sup> Hobsbawm, Eric, *op. cit.*, p. 125.

<sup>83</sup> Mann, Michael, *op. cit.*, p. 59.

<sup>85</sup> Luebbert, Gregory M, *op. cit.*, pp. 462-465.



desarrolladas, del oeste mediante una mera suspensión del liberalismo. Este debía ser abandonado radicalmente y ser sustituido por otro modelo. Se debían clausurar o prescindir deliberadamente de los parlamentos, extinguir todos los partidos políticos, abolir la libertad de prensa y destruir el movimiento obrero para sustituir su corporativismo disidente por uno no subversivo. Por tanto, no era una simple diferencia de grado, sino una diferencia cualitativa, la que distinguía la dictadura fascista de la dictadura tradicional. Las élites tradicionales fueron conscientes de esta realidad y establecieron una «alianza estratégica» con los movimientos fascistas, permitiendo su acceso al poder político a cambio de una moderación de su programa ideológico y de la protección de sus intereses materiales.

Mazower recuerda que, «en el fluido clima político del comienzo de los años veinte, el fascismo tanteaba el terreno al igual que la democracia»<sup>86</sup>. Por ello, en esta década Italia creó el modelo fascista, pero solo lo desplegó en un grado bajo, constituyendo una suerte de «primer estadio» que sería desarrollado en profundidad en la década posterior. En los años treinta, Italia perfeccionará su modelo totalitario de Estado y comenzará sus campañas de agresión exterior en Etiopía y Albania, dando inicio al previsible ataque al orden internacional de Versalles, inestable y desigual desde su misma configuración en 1918. Además, será entonces cuando tras la insoportable inestabilidad política y la sacudida económica mundial de la Gran Depresión, las élites dominantes alemanas hagan saltar por los aires la República de Weimar, entregando el poder a Hitler en 1933. En ese momento, y continuando el modelo inaugurado por Italia, en Alemania se llevará ese «primer fascismo» a un grado muy superior —y hasta entonces desconocido— de excepcionalidad estatal.

---

<sup>86</sup> Mazower, Mark, *op. cit.*, p. 30.

## 4. FASCISMO Y AUTORITARISMO EN LOS AÑOS TREINTA (1930-1939): LA MADURACIÓN DE LA ALTERNATIVA TOTALITARIA TRAS LA GRAN DEPRESIÓN

«El programa de nuestro movimiento significa una revolución en la mayor parte de las esferas [...] El mismo acceso al Poder fue una revolución que superó las realidades existentes. Como siempre, cabía el peligro de que un movimiento oprimido durante muchos años, rompiese las cadenas que le sujetaban [...]. Pero para todos nosotros es un orgullo el haber presenciado el entusiasmo con que nuestro movimiento realizó la revolución de 1933»<sup>87</sup>.

Adolf Hitler, *Hacia la consolidación de Europa. Discursos del Führer* (1938)

### 4.1. El derrumbe de la democracia tras la crisis del capitalismo

En octubre de 1929, la economía de EEUU, el epicentro económico del mundo desde la Primera Guerra Mundial, comenzó a derrumbarse. Europa —y especialmente Alemania— había sido receptora de cuantiosos créditos norteamericanos en los años veinte para hacer frente a las enormes reparaciones de guerra y a la reconstrucción de sus dañadas economías. Por tanto, la repercusión de la crisis en Europa fue directa debido a su enorme endeudamiento, comenzando a descender todos los índices económicos y a ascender el desempleo masivo de larga duración. Entre 1932 y 1933, el índice de desempleo en Gran Bretaña era del 22-23%, en Suecia del 24%, en Austria del 29%, en Noruega del 31%, en Dinamarca del 32% y en Alemania del 44%. El comercio mundial disminuyó un 60% entre 1929 y 1932, comenzando a levantar los Estados barreras arancelarias cada vez mayores para proteger sus mercados y sus monedas frente a los ciclones económicos mundiales<sup>88</sup>. La contracción económica, en un continente donde todavía no se habían desarrollado los sistemas de seguridad social, hizo un daño terrible en los sectores sociales más desprotegidos.

¿Existe una relación directa entre la crisis económica y el fascismo? Luebbert respondió que no, argumentando que, por ejemplo, los países escandinavos también sufrieron enormemente la crisis, pero sus resultados políticos no fueron fascistas, sino socialdemócratas. Lo contrario sucedería en España, donde sin existir una repercusión directa de la Gran Depresión, tuvo lugar una estabilización fascista. Por tanto, Luebbert da mucha más importancia a los «legados de anteguerra» y a las opciones políticas disponibles para la formación de las coaliciones de clase, que a la crisis económica<sup>89</sup>. Julián Casanova criticó este aspecto de su tesis, e indicó que otros autores, como Peter Gourevitch, compensarían esa deficiencia del planteamiento estructuralista de Luebbert

---

<sup>87</sup> Hitler, Adolf. *Hacia la consolidación de Europa: discursos del Führer Canciller de Alemania ante el Reichstag del 20 de febrero y 18 de marzo de 1938*. Aldus, Santander, 1938, p. 9.

<sup>88</sup> Hobsbawm, Eric, *op. cit.*, pp. 100-101.

<sup>89</sup> Luebbert, Gregory M, *op. cit.*, p. 538.

demostrando que las políticas económicas tomadas como respuesta a la crisis de 1929 afectaron fundamentalmente a los resultados políticos. Frente al exclusivismo del análisis estructural de Luebbert, se debe asumir la existencia de una «relación simbiótica» entre el legado histórico y las acciones políticas<sup>90</sup>. Aunque la gravedad de la crisis no es un elemento directamente proporcional al desarrollo del fascismo, sí que es un elemento clave para su formación y arraigo.

La Gran Depresión colocó a la burguesía frente a unos problemas económicos de difícil solución. Para defender su renta debían imponer severos recortes económicos y sociales, pero la clase obrera organizada no estaba dispuesta a hacerse cargo de los costes económicos de la crisis. La Gran Depresión hizo imposible en Alemania mantener el pacto táctico de posguerra entre el Estado, los patronos y los trabajadores organizados<sup>91</sup>. Donde los gobiernos pueden redistribuir lo suficiente y una mayoría social disfruta de un nivel de vida en ascenso, la temperatura de la política democrática no suele subir demasiado, pero cuando la economía se contrae de manera insostenible, los parlamentos se convierten en un verdadero hervidero de tensiones. En algunos lugares como Gran Bretaña o Francia, donde los obreros no contaban con organizaciones tan fuertes e influyentes y el liberalismo era hegemónico, las tensiones se pudieron manejar dentro del parlamento. Pero en lugares donde el liberalismo no contaba con un consenso generalizado y, los obreros, habiendo construido organizaciones fuertes e independientes, podían poner en riesgo importantes porciones de la renta del gran capital, las tensiones eran difíciles de contener dentro de las instituciones democráticas y las élites buscaron nuevas fórmulas políticas<sup>92</sup>.

Ante la aparente incapacidad demostrada por los partidos moderados y respetuosos con el sistema liberal para manejar la situación, comenzaron a emerger de los márgenes de la política hasta su epicentro los partidos que proponían soluciones radicales al problema de la época. Esta radicalización es visible, por ejemplo, en los resultados electorales en 1932 en Alemania, donde el NSDAP y el KPD obtuvieron la mayoría absoluta —con un 37% y un 14% de los votos, respectivamente—, mientras el voto a los partidos comprometidos con la República de Weimar se redujo a un tercio<sup>93</sup>. A finales de 1930, solo dos de los nuevos Estados democráticos nacidos de la posguerra, Checoslovaquia y Finlandia, habían sobrevivido como democracias. Checoslovaquia, no obstante, cayó en manos del Tercer Reich en la ocupación de marzo de 1939, durante las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, tras haber incorporado ya la región de los Sudetes el año anterior.

Los Estados bálticos fueron sucumbiendo, estableciéndose poderes dictatoriales en 1934 en Estonia y en Letonia, siguiendo el ejemplo lituano y polaco. En Polonia,

---

<sup>90</sup> Casanova, Julián. «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Historica-Historia Contemporánea*, Vol. X-XI (1992-93), pp. 115-116.

<sup>91</sup> Hobsbawm, Eric, *op. cit.*, pp. 142-143.

<sup>92</sup> Luebbert, Gregory M, *op. cit.*, pp. 24-27.

<sup>93</sup> Hobsbawm, Eric, *op. cit.*, p. 143.

desde 1930, Pilsudsky acentuó el sentido conservador y represivo de su régimen, enfrentándose directamente con los socialistas y con el partido agrario. En cuanto a Letonia y Estonia, la democracia sobrevivió con dificultades hasta 1934, cuando Karlis Ulmanis y Konstantin Päts establecieron poderes dictatoriales en sus países, respectivamente. Ambos regímenes adquirieron los rasgos típicos de una dictadura tradicional y tuvieron que enfrentarse tanto a las organizaciones obreras como a los partidos fascistas o filo-fascistas que comenzaban a adquirir fuerza, como el *Perkonkrust* letón o la Liga de los Combatientes por la Libertad en Estonia<sup>94</sup>.

El mismo fenómeno tenía lugar en los Balcanes. Yugoslavia ya había establecido su dictadura real en 1921, pero en 1930 fue ratificada con una nueva constitución semiautoritaria, muy restrictiva en derechos y libertades. Asimismo, en Bulgaria, el rey Boris III proclamó una dictadura monárquico-militar en 1934, después del triunfo de la izquierda —con fuerte presencia comunista— en las elecciones de 1932, y en Grecia, el general Metaxas hizo lo propio en 1936, suspendiendo los artículos de la Constitución e instaurando una dictadura de signo conservador<sup>95</sup>. El rey Carol II de Rumanía también imitó el ejemplo de sus vecinos balcánicos en 1938, estableciendo un Estado autoritario que se mantuvo firme ante el poder paramilitar fascista.

En Hungría, el régimen de Horthy logró estabilizarse según su fórmula conservadora tradicional, y aunque se vistió con algunos ropajes fascistas en los años treinta y cuarenta, trató de mantener lejos del poder a la Cruz Flechada de Ferenc Szálasi. El Partido de la Cruz Flechada era fuerte e influyente, pero solo tomó el poder en octubre de 1944, cuando el país se había convertido en un títere de la Alemania nazi, a tres meses de la llegada del ejército soviético al país. Con la llegada de las dificultades de la Depresión, Horthy nombró al general Gömbös primer ministro, adquiriendo el régimen desde entonces cierto carácter fascista. Pero por mucho que Gömbös deseara parecerse a Mussolini, Horthy no tenía intención de convertirse en un segundo Victor Manuel, por lo que el primer ministro no pudo deshacerse del parlamento y de las clases propietarias, que bloquearon sus planes más radicales, como por ejemplo, la reforma agraria<sup>96</sup>.

En Hungría y en Rumanía estaban presentes las dos familias fascistas orientales más influyentes. El 2,7% de la población de Hungría pertenecía al partido de la Cruz Flechada, mientras la afiliación a la Legión rumana, entre 1937 y 1941, varió entre el 1,5% y 2,8% de su población nacional. Se trata de porcentajes superiores al 1,3% conseguido por el nazismo alemán o el 1,0% del fascismo italiano antes de sus

---

<sup>94</sup> Páez-Camino Arias, Feliciano. *Democracias y dictaduras en los años treinta*, Madrid: Síntesis, 1992, p. 86.

<sup>95</sup> *Ibíd.*, pp. 87-91.

<sup>96</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, pp. 146-147.

respectivas conquistas del poder político<sup>97</sup>. A pesar de su fuerza, estos movimientos permanecieron en gran medida fuera del poder, incapaces de lograr una alianza con la clase dirigente. La dictadura húngara tuvo que hacer frente a la Cruz Flechada igual que la rumana insistía en mantener al margen a la Cruz de Hierro, la yugoslava a la Ustacha croata y al Zbor serbio, o la búlgara a la Zveno.

Aunque los fascismos húngaro y rumano eran movimientos verdaderamente fuertes y contaban con arraigo en la sociedad, la clase dirigente de estos países no estaba dispuesta a permitir su acceso al poder, como ocurrió en la mayoría de los países de Europa del este. Luebbert lo achacó a que en estos países escasamente modernizados e industrializados, un modelo de dictadura tradicional era suficiente para defender los intereses de las élites. La dictadura tradicional sería el modelo preferible para las clases propietarias, pues bajo esta tipología de Estado había una identificación directa con sus intereses, mientras que el fascismo, aunque salvaguardara indirectamente sus intereses materiales, tendía a subordinar la política a su ideología de partido. Esto explicaría la actitud generalmente hostil ante el fascismo que mantuvieron las dictaduras conservadoras de toda Europa oriental en los años treinta. Las élites tradicionales solo abrazaron el fascismo en los países más modernizados de Europa occidental, cuando no existía la base social adecuada para establecer una dictadura tradicional<sup>98</sup>.

Pasando a Austria, el otro antiguo territorio de los Habsburgo, el país logró consolidar su democracia durante la mayor parte del período de entreguerras, pero acabó sucumbiendo también al autoritarismo en 1934. El canciller Dollfuss asumió poderes dictatoriales en 1933, disolviendo la Cámara Baja y comenzando a gobernar por decreto. Su gobierno formó una complicada coalición entre fascistas, elementos autoritarios conservadores y otros democráticos, y en 1934 se promulgó la Constitución del nuevo régimen autoritario, conocido como «austrofascismo». Sin embargo, los nacionalsocialistas austríacos, con apoyo alemán, seguían presionando para alcanzar la transición al Estado totalitario y el *Anschluss* con el III Reich. Con este objetivo intentaron un golpe de Estado en julio de 1934, en el que lograron asesinar a Dollfuss, pero no tomar el poder. Finalmente, Austria sería ocupada militarmente por la Alemania nazi en marzo de 1938, dando comienzo a una de sus primeras agresiones expansionistas en política exterior<sup>99</sup>. Según Luebbert, la clase dirigente austríaca no tenía voluntad de ceder ante el fascismo, pero acabó haciéndolo por las fuertes presiones externas alemanas e italianas. Por tanto, el fenómeno austríaco respondería a las presiones internacionales, y no a un proceso autónomo, pues no se habría producido allí la coalición de clases que originaba el resultado fascista<sup>100</sup>.

---

<sup>97</sup> Mann, Michael, *op. cit.*, pp. 313-316. Mann utiliza el término «Legión» para referirse tanto a la Legión del Arcángel San Miguel como a la Guardia de Hierro, pues considera que ambas organizaciones fueron prácticamente sinónimas a partir de 1930. p. 257.

<sup>98</sup> Luebbert, Gregory M, *op. cit.*, 1997, pp. 462-463.

<sup>99</sup> Páez-Camino Arias, Feliciano, *op. cit.*, pp. 82-83.

<sup>100</sup> Luebbert, Gregory M, *op. cit.*, pp. 458-460.

En cuanto a la península Ibérica, Portugal institucionalizó su dictadura militar en 1932, con la creación del Estado Novo Portugués y la transformación del país en un régimen de carácter corporativo, refractario de la democracia política y muy conservador en lo socioeconómico. Sin embargo, a diferencia de España, Portugal no incorporó al fascismo —representado por el Movimiento Nacional-Sindicalista— en su régimen, sino que incluso lo persiguió políticamente. La dictadura tomó algunos rasgos del movimiento, como las técnicas de represión policial, pero se alejó cautamente de los métodos de movilización de masas<sup>101</sup>. El caso español, en cambio, presentó características diferentes, como veremos más adelante.

## **4.2. El Estado fascista, una alternativa para Europa**

El novedoso modelo de Estado italiano que fue tomando forma totalitaria en la segunda mitad de los años veinte, comenzó a aparecer como un ejemplo para los emergentes movimientos fascistas europeos, que cada vez más —y con mejor resultado—, presentaban su tipología de Estado como una alternativa plausible ante los asfixiantes problemas de la década. Respecto a este fenómeno, Robert O. Paxton, trató de analizar las causas del surgimiento y la naturaleza del fascismo, primando las valoraciones factuales e históricas frente a las perspectivas más culturales o ideológicas. Para ello diseccionó el fascismo pragmático en cuatro fases que compondrían su ciclo vital: Formación, arraigo en la sociedad, toma del poder y ejercicio del poder<sup>102</sup>. Utilizaré, por tanto, su esquema de análisis para hacer una breve valoración sobre las estabilizaciones fascistas que se dieron en Europa, clarificando sus evidentes diferencias de grado en el proceso de adopción de los rasgos fascistas.

La primera fase para el resultado político fascista es la formación del movimiento. Los antecedentes históricos inmediatos, la importancia, el impacto y el resultado de la Gran Guerra, las raíces culturales e intelectuales que conforman la tradición política sobre la que se insertó y evolucionó el movimiento, así como las diferentes vías de nacionalización de las masas, son algunos de los factores que influyeron en la aparición de las organizaciones. Cuanto más palpables sean las divisiones ideológico-culturales, socioeconómicas y políticas de una sociedad, mayor será la propensión a encontrar atractivos el mensaje visionario de superación radical del «trauma nacional» a través una «comunidad del pueblo» unificada<sup>103</sup>.

El «Mito de la Experiencia de Guerra», la narrativa mítica del «espíritu de 1914», la guerra como prueba de virilidad, el ideal de camaradería y el culto al soldado caído, son algunos elementos culturales claves en la formación de los movimientos fascistas. El éxito de esta narración mitificada durante el periodo de entreguerras

---

<sup>101</sup> Páez-Camino Arias, Feliciano, *op. cit.*, pp. 62-63.

<sup>102</sup> Paxton, Robert O. *Anatomía del fascismo*. Península, 2005.

<sup>103</sup> Kershaw, Ian. «El Estado nazi: ¿un estado excepcional?» *Zona abierta*, n.º 53 (1989): 119-48, p. 135.

—clave en el ascenso de la extrema derecha, sobre todo en Alemania—se debería, según Mosse, a los procesos de «trivialización» de la guerra y de la «brutalización» producida por su experiencia<sup>104</sup>. Sin embargo, como hemos visto, también debemos identificar otros factores, como la repentina nacionalización y politización de las masas, la militarización de la sociedad civil, la conmoción de la derrota y la humillación de Versalles, la pérdida de legitimidad de los Estados, el miedo al comunismo, o el derrumbamiento de los viejos imperios y la invención de nuevos y débiles Estados poco homogéneos con sistemas políticos impuestos por los vencedores de la guerra. Estos son algunos de los factores que surgieron en la posguerra, se desarrollaron en los años veinte, y se condensaron en el ambiente de la Gran Depresión, dando lugar a importantes movimientos políticos de masas de corte fascista. No obstante, muchos movimientos fascistas, como el británico o el francés, no pasaron de esta fase de formación.

En cuanto al arraigo, Paxton indica como una de las condiciones previas más importantes la existencia de un orden liberal tambaleante y un capitalismo atrasado o dañado. La democratización y la política de masas era algo novedoso y no contaba con un profundo consenso en la mayor parte del continente, por lo que muchos liberales se mostraron reacios a adaptarse a él. Mientras los anticuados notables liberales desdeñaban la política de masa —monopolizadas tradicionalmente por el obrerismo—, los fascistas demostraron la importancia de utilizarla para nacionalizar a las masas y contra la izquierda. Asimismo, los países que presentaron una industrialización y modernización tardías, generaron niveles más elevados de tensión social que los que los que iniciaron con anterioridad estos procesos. Derivado de esto, los procesos de nacionalización de masas y transición a la modernidad serían dificultados por la estructura social demasiado heterogénea y dividida que presentaban estas sociedades, con gran presencia de grupos preindustriales que todavía no habían desaparecido<sup>105</sup>. De esta manera, el arraigo fascista no solo dependía de las cualidades de su movimiento, sino también de su contexto, de la magnitud de la crisis social a la que se enfrentara y de las oportunidades políticas que le ofrecieran las élites dominantes.

Esta última idea nos lleva directamente a la siguiente fase, que es la llegada al poder. Existe cierto consenso en la historiografía en señalar solo tres casos como ejemplos de Estados que alojaron al fascismo en sus estructuras, desarrollando así una tipología de Estado fascista. Estos casos serían, en orden ascendente en el grado de fascistización y excepcionalidad, España, Italia y Alemania. Algunos Estados, como el rumano o el húngaro, adoptaron ciertas simbologías, apariencias y actitudes de los movimientos fascistas, pero no integraron al movimiento en su seno, y en lo fundamental, no alteraron la composición y la tipología de Estado como para ser

---

<sup>104</sup> Fernández, Angel Alcalde, *op. cit.*, p. 22.

<sup>105</sup> Paxton, Robert O, *op. cit.*, pp. 95-96. En esta afirmación encontramos cierta sintonía con los planteamientos de Barrington Moore, en sus ideas sobre la importancia de la ausencia de una ruptura revolucionaria con el antiguo régimen a la hora de examinar las causas de la estabilización autoritaria; en Moore, Barrington. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Barcelona: Península, 2000, p. 350.

llamados fascistas. Paxton resalta que la condición previa y esencial para esto es que los individuos que gozaban de capacidad decisoria, es decir, las élites tradicionales, estuvieran dispuestos a compartir el poder con los fascistas<sup>106</sup>. La profundidad de la crisis y el grado de legitimidad que posea la autoridad estatal serán determinantes en la actitud que muestren dichas élites. Respecto a esto, Luebbert indicó que lo que determinó dicha actitud fue el nivel de modernización de la sociedad, la magnitud de la movilización de masas y la potencia del movimiento obrero organizado<sup>107</sup>. En cualquier caso, según Paxton, una vez se produce la «alianza estratégica», a la hora del ejercicio del poder, el régimen fascista nunca es ideológicamente puro y adquiere necesariamente una composición «dual», compuesta del movimiento fascista y las élites tradicionales<sup>108</sup>.

Una vez nos hemos aproximado teóricamente al tema, pasamos a valorar los dos regímenes que, siguiendo el ejemplo de Italia, desarrollaron una tipología fascista en la Europa de los años treinta: España y Alemania. En España, un régimen autoritario compuesto por una compleja coalición de derechas que abarcaba tanto conservadores tradicionalistas como fascistas, emergió de su guerra civil (1936-1939). En este país, el fascismo —representado por Falange Española de las JONS— tenía una influencia débil, estando su espacio político ocupado por el catolicismo conservador. Su escasa influencia se dejó notar en las elecciones de febrero de 1936, donde Falange solo obtuvo el 0,7% del voto<sup>109</sup>.

El enraizamiento del movimiento se condensó en Italia en el primer ciclo de la «guerra civil europea» (1917-1923). En 1921, los *squadristi* ya gobernaban de facto en el Valle del Po y otras zonas del noreste, y como hemos indicado anteriormente, para esa fecha contaban con 834 *fasci* y un cuarto de millón de militantes. En Alemania, comenzó durante el segundo ciclo (1923-1929) para acabar de completarse con el estallido de la Gran Depresión. El 37% de los votos en las elecciones de 1932 es un dato que lo atestigua. En España, en cambio, el proceso de formación y arraigo fue más tardío, pues la fase de «formación» no se produjo hasta los años treinta, durante la polarización social de la Segunda República. Las JONS se fundaron en 1931, Falange en 1933, y ambas se fusionaron en 1934. El enraizamiento, por tanto, solo comenzó a construirse tras el pronunciamiento militar de 1936, cuando Falange se situó como una de las fuerzas aglutinadoras del «Movimiento Nacional»<sup>110</sup>. Fue al Ejército, y no al fascismo, al que las élites otorgaron principalmente el rol de «restaurador del orden» y redentor ante la «decadencia moral». El fascismo, por tanto, no contaba con un apoyo popular suficiente como para colocarse a la cabeza de las fuerzas reaccionarias, por lo

---

<sup>106</sup> Paxton, Robert O., *op. cit.*, p. 104.

<sup>107</sup> Luebbert, Gregory M., *op. cit.*, p. 449.

<sup>108</sup> Paxton, Robert O., *op. cit.*, p. 141.

<sup>109</sup> Paxton, Robert O. «Franco's Spain in comparative perspective» en Ruiz Carnicer, Miguel Angel, ed. *Falange: las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Actas Institución Fernando el Católico. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 2013, p. 13.

<sup>110</sup> *Ibid.*, pp. 16-17.



que, en su «alianza estratégica» con las élites tradicionales, su influencia quedó en desventaja comparativa con respecto al caso italiano o alemán.

Al contrario de lo que hizo Salazar, Franco sí integró a fascismo como parte orgánica del régimen, aunque por razones más pragmáticas que ideológicas. Aprendió la lección del fracaso de la dictadura de Primo de Rivera a la hora de otorgándole raíces populares capaces de garantizar su estabilidad, ya que, debido al nivel de modernización, el régimen necesitaba institucionalizar cierta movilización de masas. No se debía abolir el partido, sino disciplinarlo y subordinarlo al Estado, asignándole un rol menor en el Movimiento. Por tanto, había áreas de la vida pública totalmente ajenas al partido. Aún así, el peso de Falange fue importante, sobre todo hasta después de la Segunda Guerra Mundial, ocupando espacios en la administración, en las relaciones laborales, en el campo universitario y en el ámbito de prensa y propaganda<sup>111</sup>. Respecto al componente fascista del régimen, Julián Casanova insiste en no desestimarlos, pues este es especialmente evidente en su primera fase. Así, el régimen de Franco en los años treinta debería ser considerado fascista, pues lo que varió fundamentalmente entre Alemania, Italia y España fue solo el balance de fuerzas, la naturaleza de la alianza y la consiguiente potencia o debilidad de la forma concreta del Estado fascista<sup>112</sup>.

Por último, debemos dirigir nuestra atención al caso alemán, donde se instauró la dictadura fascista más radical conocida hasta nuestros días. La Gran Depresión repercutió en Alemania de forma directa y dramática, debido a su excesiva dependencia del crédito norteamericano. La producción y el comercio se desplomaron, y el número de desempleados aumentó en 1932 hasta casi siete millones, lo que suponía un tercio de la población activa<sup>113</sup>. En 1930, el presidente Hindenburg había favorecido la formación de un gobierno presidido por el centrista católico Brüning, en coalición con la derecha del DNVP, pero ante la resistencia del Reichstag a sus medidas socioeconómicas para lidiar con la crisis, el gobierno comenzó a prescindir del parlamento y a gobernar por decreto, algo que continuaría hasta la llegada de Hitler al poder. Mientras tanto, el NSDAP crecía desorbitadamente al calor de la crisis, pasando de 12 a 107 escaños en 1930, y a 230 en 1932<sup>114</sup>. Ante estos resultados, y ante la creencia de los sectores financieros, industriales y militares de que el líder nazi sería un adecuado y controlable defensor de sus intereses, Hindenburg tomó la histórica decisión de nombrarle canciller el 30 de enero de 1933.

La reducida base de legitimidad que la República de Weimar disfrutó desde el principio, fue socavada por la crisis de la inflación aunque reestabilizada a mediados de los años veinte, quedando totalmente destruida, definitivamente, en el contexto socioeconómico de la Gran Depresión. La incapacidad de la élite tradicional para controlar la

---

<sup>111</sup> *Ibid.*, pp. 14-18.

<sup>112</sup> Casanova, Julián; y Cenarro, Ángela; Cifuentes, Julita; Maluenda, M<sup>a</sup> Pilar; y Salomón, M<sup>a</sup> Pilar. *op. cit.*, p. 14.

<sup>113</sup> Páez-Camino Arias, Feliciano, *op. cit.*, p. 44.

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 45.

organización de la política en defensa de sus intereses se reflejó en los intentos frustrados de establecer un nuevo marco de gobierno más autoritario bajo los gobiernos presidencialistas de Brüning, Von Papen y Schleicher. Dichos elementos dominantes llegaron a aceptar, finalmente, y en muchos casos con reticencias, que la solución debía incluir a Hitler y al Partido Nazi<sup>115</sup>.

Tras el nombramiento de Hitler como canciller, el 1 de febrero de 1933 fue disuelto el Reichstag y tres días después se publicó un decreto de emergencia por cual la policía podía silenciar a la prensa y prohibir reuniones públicas, mientras las SS y las SA comenzaron a utilizarse como policía auxiliar contra los «enemigos del Estado». A finales de ese mes, y utilizando como pretexto el incendio del Reichstag atribuido a los comunistas por el gobierno, Hindenburg firmó otro decreto de emergencia por el que se abolieron de un plumazo todos los derechos fundamentales de un Estado democrático. Poco a poco se iba desarrollando el proceso de concentración del poder bajo el control nazi, conocido como *Gleichschaltung*, y en 1933 se aprobó la *Ley Habilitante* que otorgó todo el poder legislativo al NSDAP, pudiendo Hitler desde entonces aprobar leyes sin la participación del parlamento. Para el verano de ese mismo año, todos los partidos políticos habían sido prohibidos en Alemania salvo el NSDAP, y los Sindicatos Libres fueron abolidos, siendo obligados todos los trabajadores a afiliarse al Frente Alemán del Trabajo<sup>116</sup>. Igualmente, los diferentes sectores sociales y profesionales alemanes debían afiliarse a las distintas organizaciones corporativas que se creaban, como por ejemplo, el Frente Legal para los abogados, la Corporación de Alimentos del Reich para los granjeros o las Juventudes Hitlerianas —obligatorias desde 1936— para los jóvenes. La pretensión nazi de encuadrar a la sociedad en organizaciones subordinadas al partido-Estado radicaba en la intención de avivar así una movilización de masas controlada con la que crear una sensación de participación y comunidad (*Volksgemeinschaft*).

En junio de 1934 tuvo lugar la purga de los elementos más revolucionarios del partido, representados por las SA de Ernst Röhm, en lo que se conoció como la *Noche de los cuchillos largos*, en la cual fueron asesinadas tres centenares de personas vinculadas al «antiguo nazismo». Estos sectores purgados pretendían pasar por encima de los poderes del Estado tradicional, subordinando el Estado al partido y el Ejército a las milicias nazis. Seguro de que el Ejército le respaldaba, Hitler decidió aplastar a las SA antes de que los conservadores se desencantaran demasiado con su gobierno y se alejaran de la «alianza estratégica»<sup>117</sup>. Ese mismo verano murió Hindenburg, y Hitler, tras haber demostrado su compromiso con las élites alemanas despojando al nazismo más revolucionario, pudo llevar a cabo sus planes para convertirse en *Reichführer* y concentrar poderes casi absolutos. Así fue como se completó la *Gleichschaltung* y se puso punto y final a cualquier reminiscencia democrática que pudiera quedar de la República de Weimar.

---

<sup>115</sup> Kershaw, Ian, *op. cit.*, p. 134.

<sup>116</sup> Kitchen, Martin, *op. cit.*, pp. 306-312.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 322.

Desde entonces, una tipología nueva de Estado fascista comenzó a funcionar en Alemania. Ian Kershaw enfatiza que el Tercer Reich no solo alcanzó el grado de excepcionalidad propio de cualquier Estado fascista, sino que dentro de esta forma de Estado, constituía su propia excepcionalidad. Esta se expresaría en la creciente autoridad del *führer* en el seno de las complejas relaciones de poder del Estado nazi y su capacidad para superponerse al marco legal y burocrático del aparato de Estado alemán. Kershaw explica que esa radicalidad del Estado fascista dependía de la fuerza relativa de la «autoridad carismática» en el seno del partido de masas antes de la toma de poder, y de la debilidad relativa de las clases dominantes tradicionales en la fase de la «toma de poder»<sup>118</sup>. Es precisamente ese balance de fuerzas en la constitución de la alianza con las clases tradicionales el que repercute en la radicalidad de cada forma concreta de Estado fascista. En ese sentido, la posición fascista en la alianza del caso alemán sería excepcionalmente fuerte en comparación con el caso italiano, y aún más si la comparamos con el caso español. Por tanto, la excepcionalidad alemana reside en la enorme debilidad que presentaba la clase dirigente tradicional en relación con el liderazgo carismático, lo cual repercutió en que la autonomía de ese liderazgo se ampliara en lugar de contraerse, especialmente durante los momentos más difíciles de la Segunda Guerra Mundial.

El fascismo fue apartado progresivamente del poder en España tras la Segunda Guerra Mundial sin demasiadas complicaciones, y en 1943, Mussolini fue abruptamente desalojado del poder por los conservadores tras el desembarco de los Aliados en Sicilia, tras lo cual no tardaron en firmar un armisticio; pero esto no sucedió en el Tercer Reich. En referencia a esto, Robert O. Paxton llega a plantear si la radicalización nazi no constituyó una suerte de «entropía» en la espiral de violencia desenfrenada y autodestructiva a la que sucumbió el Reich en su fase final de vida, alejándose inusitadamente de la toma de decisiones racional<sup>119</sup>. Esta radicalización desmedida que acabó devorando al régimen constituiría, sin lugar a dudas, uno de los rasgos esenciales de su excepcionalidad.

---

<sup>118</sup> Kershaw, Ian, *op. cit.*, p. 132-134.

<sup>119</sup> Paxton, Robert O, *op. cit.*, pp. 175-200.

## 5. CONCLUSIONES

La sociedad de masas irrumpió bruscamente tras la Gran Guerra. El proletariado y las clases populares perseguían su integración política mientras las élites tradicionales temían las consecuencias de esa nueva gran ampliación del espacio político hacia los sectores sociales hasta entonces marginados. El sufragio universal, la representación proporcional o la ampliación de derechos complicaban la defensa de los privilegios que dichas élites habían conservado hasta entonces, y los parlamentos plurales impedían que las medidas, especialmente las de trascendencia socioeconómica, prosperasen ágilmente en las agendas de gobierno.

La democracia liberal decretada en las conferencias de paz de 1918 no parecía ser capaz de estabilizar la situación de caos que presentaban muchos Estados. Tarde o temprano, tras pasar cierto tiempo en el «limbo» político liberal, la situación tendía a resolverse con la fórmula de la dictadura derechista, especialmente tras la conmoción de la Gran Depresión. La primera gran crisis del capitalismo se percibió, en muchos casos, como los estertores de muerte de dicho modelo productivo. Las élites comprendieron entonces que, para salvar el capitalismo, debían prescindir de sus pretensiones nostálgicas de regresar a la economía liberal ortodoxa de anteguerra, pues no respondía a las necesidades económicas del nuevo siglo. Lo mismo se percibió en muchos sectores sociales respecto al sistema parlamentario, pues parecía algo propio del siglo anterior, inadecuado a las circunstancias contemporáneas. En contraste, la relativa estabilidad que alcanzaron muchos de los Estados que optaron por la opción autoritaria, hizo aumentar la percepción de que el modelo podía constituir la alternativa política del siglo XX.

El fascismo fue una reacción a esa época de preocupación e incertidumbre ante la percepción de un fin de ciclo, ofreciendo como alternativa una opción autoritaria extremadamente moderna y adaptada a las nuevas circunstancias. Desde su gestación, fue desarrollando su esencia totalitaria y alcanzó su «estadio superior» en la Alemania nazi, donde logró enmendar la Depresión y ofrecer una relativa prosperidad económica, mientras garantizaba la estabilidad política y el orden público. En un siglo que parecía exigir el fin de la democracia, la fórmula de la dictadura tradicional apareció como inaplicable en las sociedades modernas del oeste europeo. El fascismo, en cambio, era el elemento necesario para poder establecer la receta autoritaria en dichas sociedades de masas, aunque dicho elemento, por su carácter *outsider*, entrañaba un peligro para los intereses de las élites tradicionales. Dicho peligro será desplegado sin solución en la deriva ideológica que experimentó el Eje, y especialmente el Tercer Reich, en la segunda fase de la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, fue una receta política que, en algunos casos —o durante cierto tiempo— funcionó como solución a la crisis de entreguerras en su propósito estabilizador. Murió —o más bien fue derrotado—, afortunadamente, en 1945, pero no debemos olvidar que pudo haberse consolidado a escala continental y que, en la

primavera de 1940, ciertamente parecía un resultado más que probable. Sin embargo, resulta difícil concebir la supervivencia de un Estado fascista a largo plazo, pues sus fundamentos, en su fase de expansión y guerra, son esencialmente desestabilizantes. Su forma de Estado, bien diferenciada de la autoridad «legal», se basa en la potencia de la «autoridad carismática», la cual se justifica a través de una «misión redentora» de superación de un «trauma colectivo» que es necesariamente transitorio.

Muchos críticos del fascismo han querido reducir el desplazamiento autoritario europeo de entreguerras a un mero estallido de la demencia colectiva, a una simple suspensión temporal de la «tendencia natural» democrática del continente. Todavía hoy persiste la concepción de la Europa de entreguerras como un período histórico descarriado por dictadores lunáticos, y no como una sociedad que, en gran medida, había optado por el abandono de la democracia liberal. Por el contrario, al analizar el periodo, el historiador debe evitar la simple y vaga condena moral, extirpando del discurso las explicaciones condescendientes en clave de «catástrofe humanitaria» o «maleficencia de las ideologías». Como dijo Enzo Traverso, los historiadores deben «ofrecer la materia prima necesaria para un uso público del pasado»<sup>120</sup>, por lo que deben demostrar que se puede llegar a comprender la deriva autoritaria mediante el análisis histórico, ya que radica en unas causas comprensibles y no en una «maldad humana irracional». Debemos tomar en serio las doctrinas ideológicas de la derecha radical de entreguerras e introducirlas en un convulso contexto en el que el liberalismo clásico parecía haber agotado sus posibilidades, siendo necesario buscar nuevas fórmulas políticas y económicas para lidiar con la emergente sociedad de masas. El periodo no es simplemente un «paréntesis demoníaco» en el progreso de la civilización europea, sino un producto histórico que nace de las causas engendradas por su propio tiempo y por las épocas precedentes.

¿Puede volver el fascismo? Después del estudio, la conclusión que extraigo es que no, al menos en su forma clásica. El modelo fascista nació tras la Primera Guerra Mundial y murió tras la segunda, por lo que fue un fenómeno que respondía a los estímulos, necesidades y traumas colectivos específicos de la sociedad europea de entreguerras. Fue producto de esa sociedad y planteó una posible solución estabilizadora adaptada a la crisis económica, política, social y de valores que dicha sociedad atravesaba en ese momento concreto. No obstante, historiadores como Robert Paxton o Michael Mann reflexionaron sobre esto y, aunque reconocieron que fue producto de unas circunstancias espacio-temporales específicas, consiguieron rastrear ciertos atisbos de sus rasgos tras la Segunda Guerra Mundial y fuera de las fronteras de nuestro continente, así como también dentro de él, en los partidos de extrema derecha que hoy en día protagonizan un ascenso. En cualquier caso, a pesar de que los ecos de la historia a menudo suelen percibirse, la historia avanza y no se repite en todos sus aspectos de forma cíclica y exacta. Por tanto, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que las circunstancias de la *Era de los Extremos* (1914-1945) jamás se volverán a combinar

---

<sup>120</sup> Traverso, Enzo. *op. cit.*, p. 24.

de la misma manera que entonces, y en consecuencia, los resultados políticos futuros jamás serán idénticos a los precedentes.

Con ello no quiero decir que el autoritarismo político no pueda regresar al continente, sino que nunca regresará en la forma genuinamente fascista. El gobierno autoritario, en sentido amplio, es una fórmula política que, aunque hoy en día no está presente en nuestro continente, es más que habitual fuera de él. Sin ir más lejos, el Estado más grande del mundo y que aspira a ser la primera potencia mundial en muy pocos años, ha desarrollado su estabilización en base a un sistema autoritario. Dicho sistema, en los últimos años, le ha proporcionado estabilidad política, una suficiente paz social, un crecimiento económico vertiginoso y una rápida y eficaz reestructuración industrial y tecnológica de su modelo productivo. Su modelo ofrece, además, ventajas comparativas a los sistemas de competición democrática, como la posibilidad de plantear grandes planes estratégicos de reestructuración a cuarenta o cincuenta años con la seguridad de que serán continuados. En los sistemas democráticos, en cambio, con sus habituales legislaturas cortas y obstrucciones al ejecutivo por parte de parlamentos fragmentados, existen dificultades para el desarrollo de grandes y ambiciosos proyectos a largo plazo. Además, los periodos de crisis a menudo se traducen en el aumento de la pluralidad parlamentaria, incrementándose la dificultad de que prospere cualquier iniciativa política con relativa trascendencia socioeconómica, especialmente urgentes en épocas de crisis.

Europa, desde la Segunda Guerra Mundial, ha encontrado la estabilización de su situación política, económica y social a través de los sistemas de competición democrática. Sin embargo, la historia siempre avanza y en ese proceso las circunstancias se ven alteradas. Francis Fukuyama lanzó a principios de los años noventa su tesis posmoderna sobre el «fin de la historia» tras la Guerra Fría, identificando el agotamiento definitivo de la pugna de las ideologías y la tendencia mundial hacia la consolidación de la democracia liberal como modelo concluyente y absoluto del devenir histórico. No parece extraño que su tesis haya sido tan polémica en amplios sectores de la historiografía, pues el hecho de que el cambio social siempre se produce a través del tiempo parece uno de los principios elementales de las ciencias sociales. Si algo nos ha enseñado la disciplina histórica es que la historia jamás se estanca y jamás retrocede, encontrándose la humanidad atrapada en un contexto de circunstancias en constante e irremediable transformación. Las sociedades, en sus intentos de adaptarse a dichas coyunturas cambiantes, siempre han tenido —y tendrán— la necesidad de formular nuevos modos de reorganización de sus estructuras para adaptarse a las mismas. En consecuencia, en ese cambio permanente que constituye el devenir histórico, no podemos negar la posibilidad de que el autoritarismo vuelva a emerger como alternativa a unas futuras —y factibles— contradicciones insalvables para nuestros sistemas políticos.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- Alcalde, Ángel. «Excombatientes: ¿germen de guerras civiles?» *Amnis. Revue de civilisation contemporaine Europes/Amériques*, 1 de enero de 2015.
- Alcalde, Ángel. «La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico». *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, n.º 15 (2016): 17-42.
- Casanova, Julián. *Europa contra Europa: 1914-1945*. 2ª ed. Memoria. Barcelona: Crítica, 2014.
- Casanova, Julián; y Cenarro, Ángela; Cifuentes, Julita; Maluenda, Mª Pilar; y Salomón, Mª Pilar. *El pasado oculto: fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Siglo XXI, Madrid, 1992.
- Casanova, Julián. «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, Vol. X-XI (1992-93), pp. 101-124.
- Gerwarth, Robert. «El papel de la violencia en la contra-revolución europea, 1917-1939». *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, n.º 52 (2017): 24-42.
- Hitler, Adolf. *Hacia la consolidación de Europa: discursos del Führer Canciller de Alemania ante el Reichstag del 20 de febrero y 18 de marzo de 1938*. Aldus, Santander, 1938.
- Hobsbawm, Eric J. *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona: Crítica, 2011.
- Kershaw, Ian. «El Estado nazi: ¿un estado excepcional?» *Zona abierta*, n.º 53 (1989): 119-48.
- Kitchen, Martin. *El periodo de entreguerras en Europa*. Alianza Universidad 693. Madrid: Alianza, 1992.
- Luebbert, Gregory M. *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia: clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*. 1a. ed. Ciencias sociales 29. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza, 1997.
- Mann, Michael. *Fascistas*. Valencia: Universitat de València, 2006.
- Mazower, Mark. *La Europa negra*. Barcelona: Ediciones B, 2001.

- Nolte, Ernst. *La guerra civil europea, 1917-1945: nacionalismo y bolchevismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Traverso, Enzo. *A sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-1945)*. Historia. Valencia: Universidad de Valencia, 2009.
- Moore, Barrington. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península, 2000.
- Moya, Domingo Ródenas de. Reseña de Roger Griffin: «Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler, Akal, Madrid, 2010». *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 28 (2012): 359-62.
- Páez-Camino Arias, Feliciano. *Democracias y dictaduras en los años treinta*, Madrid: Síntesis, 1992.
- Paxton, Robert O. *Anatomía del fascismo*. Península, 2005.
- Paxton, Robert O. «Franco's Spain in comparative perspective» en Ruiz Carnicer, Miguel Angel, ed. *Falange: las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Actas Institución Fernando el Católico. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 2013.
- Payne, Stanley G. *El fascismo*. Alianza, 2001.